7368

ANTONIO NAVARRO Y EMILIO SAEZ

NAPOLEON EN LA LUNA

Farsa cómica en tres actos.

50 cts.

la pantalla

Semanario Español de Cinematografía.

Director: ANTONIO BARBERO
Editado en RIVADENEYRA
Paseo de San Vicente, 20.
MADRID

Publica todas las semanas, como mínimo, 16 grandes páginas profusamente ilustradas en huecograbado.

TODOS LOS AFICIONADOS AL CINE DEBEN LEER LA PANTALLA, QUE CONSTITUYE LA VERDADERA GUÍA DE LA CINEMATOGRAFÍA MUNDIAL

Precios de suscripción: Madrid, provincias y posesiones españolas: semestre, 5,50 pesetas; año, 10.—América, Filipinas y Portugal: semestre, 7 pesetas; año, 12.—Extranjero: semestre, 11 pesetas; año, 20.

ANTONIO NAVARRO Y EMILIO SAEZ

Napoleón en la Luna

FARSA CÓMICA EN TRES ACTOS

Estrenada en el teatro de la Comedia,
de Madrid, la noche del 22 de octubre de 1928

Dibujos de Almada.

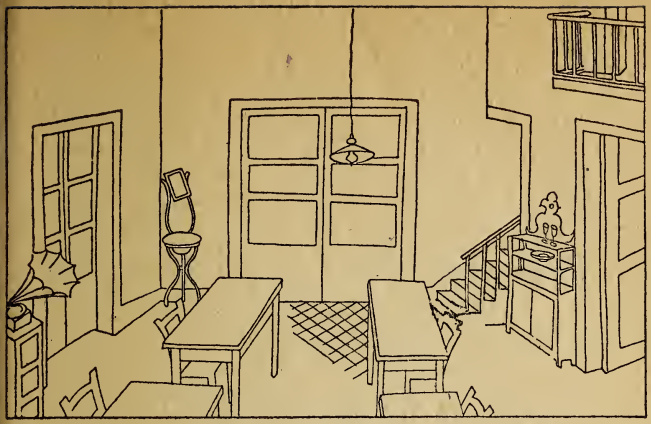
LA FARSA
AÑO III | 3 DE AGOSTO DE 1929 | NUM. 98
MADRID

Al gran Casimiro Ortas,
con admiración y gratitud.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Angela María	Consuelo Hidalgo.
Socorro	María Mayor.
Doña Monserrat	Ana de Siria.
Cleopatra	Laura Alcoriza.
Aurora	Pura F. Villegas.
Chuchín	María D. Valcárcel.
Gitana	Pilar G. Ferrer.
Campesina	Julia Galán.
Viajera 1.ª	Luisa Noriega.
Viajera 2.ª	Lelín Flores.
Más viajeras y obreras	Julita Tejera. Carmen Rico. Mercedes Merino. Pilar Merino.
Napoleón	Casimiro Ortas.
Pelayo	Pedro Zorrilla.
Camino	Antonio Riquelme.
Albino	Eduardo Pedrote.
Don Argimiro	Julio F. Alyman.
Martínez	Mariano Azaña.
Señor Largo	Luis Manzano.
Señor Vargas	Alfredo Aláiz.
Don Cayito	Luis Manzano.
Señor Cura	Andrés Tobías.
Don Juan	Francisco Amil.
Torerillo	Antonio Rodríguez.
Un cazador	M. Amor Hernández.
Campesino	Luis Campanario.
Viajero	Alberto Cedrún.

Viajeros y obreros.—Epoca actual. Otoño.



ACTO PRIMERO

Fonda de una estación de segundo orden en la línea de Madrid-Sevilla.

Puerta de dos hojas de cristales al foro, que da al andén. A la izquierda, puerta a la cocina en primer término, y sobre ella, un balconcillo practicable. En segundo término, el arranque de una escalera. A la derecha, puerta que se supone da al despacho del jefe. Foro, el andén, y al fondo, campo. Postes telegráficos y de señales, etc. En la fonda, lámpara, mesas, servicios, aparador, un lavabo con espejo, una percha. Un gramófono en una esquina.

Al levantarse el telón muy lentamente, ALBINO, sentado en el suelo junto a la puerta del foro, duerme, roncando. Es el mozo de la estación, andaluz y bruto. Tiene al lado un farol, cuya luz se proyecta algo sobre su figura. La escena casi oscura, pues luce sólo una débil bombilla. Transcurridos unos segundos, se oye amortiguado el sonar de un reloj-despertador, que se supone en el piso de arriba. Pausa. Se mueve ALBINO y sopla y ronca fuerte. Oyese lejos tocar a misa la campana del pueblo. Inmediatamente en el reloj de la fonda suenan siete campanadas. ALBINO le da un manotazo al farol. Se quema la mano, murmura una interjección, que más se adivina que se oye, y se dispone a seguir durmiendo.

(Aparece por el foro PELAYO, *cocinero de la fonda, con el cuello subido, una bufanda que le tapa hasta los ojos y una gorra que le llega hasta la nariz.)*

672155

PELAYO.—*(Cruzando la escena.)* ¡Deja ya la cama, hombre!

ALBINO.—¿Viene el correo?

PELAYO.—Trae retraso.

ALBINO.—¿Mucho?

PELAYO.—Poco. Cuatro horas largas.

ALBINO.—¿Qué dices?

PELAYO.—Más traerá el mixto.

ALBINO.—¡Qué exageración de trenes!

PELAYO.—Andaluces.

(Se va por la puerta de la cocina. Albino empieza a abrir puertas, colocar sillas; sale un momento con el farol por el foro; vuelve; deja la puerta abierta, por donde se ve hacerse de día. Los pájaros cantan a la mañana. Aparece por los peldaños de la escalera DOÑA SOCORRO, *de oscuro, con mantilla, que aun viene arreglándose.)*

ALBINO.—*(Aparte.)* ¡Caray! ¡Cómo madruga hoy ésta!

SOCORRO.—*(De miel.)* Albino, voy a confesar.

ALBINO.—*(Aparte.)* ¡Lo que la va a gozá el cura! *(Alto.)* Que sea pa bien.

SOCORRO.—*(Ya junto al foro.)* Si alguien..., ya sabes..., ¡ay!, viene preguntando por mí, que en la iglesia estoy... ¡con Dios!

ALBINO.—*(Aparte.)* ¡Dios se va en cuanto te vea llegá!

SOCORRO.—*(Ya fuera, al mutis.)* ¡Ay! ¡Qué día!

ALBINO.—¿Le parece a usted? ¡Pos no se ha vuelto romántica!... A la tercera va la vencía. ¡Ya verás, ya verás!... A éste no lo matas. Este venga a los otros dos. ¡Y que me voy a reír yo poco!... *(Saca de un cajón los avíos de afeitarse.)* Me afeitaré, no digan luego. *(Mientras se dispone a afeitarse, canta en andaluz, cada vez más alto. Atraído por las flori turas del cante de Albino, asoma* PELAYO *en la puerta de la cocina. Trae puestos mandil y gorro, y bate claras de huevo en un gran tazón.)*

PELAYO.—¡Oooolé! ¡Ladrón! ¡Tiés un estilo que no se te pué oír con tranquilidad! Sigue.

ALBINO.—¿Qué me das?

PELAYO.—Las dos yemas de estas claras.

ALBINO.—Tráelas.

PELAYO.—Cuando acabes.

ALBINO.—Ya he acabao.

PELAYO.—Pues entonces... mañana. *(Albino da otro jipío. Llamando por la escalera.)* ¡Socorro!

ALBINO.—¿Qué pasa?

PELAYO.—¡Socorro!... No contesta.

ALBINO.—Es naturá.

PELAYO.—¿Por qué?

ALBINO.—Porque ha salío.

PELAYO.—Haberlo dicho.

ALBINO.—Haberlo preguntao.

PELAYO.—¿Adónde ha ido?

ALBINO.—A misa.

PELAYO.—¿Con quién?

ALBINO.—*(Que moja, distraído, la brocha en las claras de huevo y, sin darse cuenta, se enjabona con ellas.)* Con el cura.

PELAYO.—¡Te daba así! *(Al verle mojar.)* ¿Qué haces?

ALBINO.—¡Ya decía yo que no hacía espuma!

PELAYO.—¿Quién salió con ella?

ALBINO.—Nadie.

PELAYO.—¡Ay, Albino de mi alma! Esa mujé acaba conmigo.

ALBINO.—Y con toos, matándonos de hambre.

PELAYO.—No piensas más que en comer y dormir... Y hay algo más en el mundo, Albino. *(Pelayo echa el brazo por el hombro de Albino; éste vuelve la cara y llena de jabón la de Pelayo.)* Hay ¡el querer!... ¿Tú no sabes querer?

ALBINO.—Queriendo... irme de aquí estoy desde que entré.

PELAYO.—Pero ¿tú no te has fijao cómo está doña Socorro?

ALBINO.—*(Relamiéndose.)* ¡Jamón!...

PELAYO.—Serrano.

ALBINO.—Gracias.

PELAYO.—*(Le insulta con la mirada.)* A mí es que me vuelven loco estas mujeres que pa que anden hay que arrempujarlas.

ALBINO.—Pos a mí no. A mí me gustan un poco más cepillás: que yo las abarque del too, del too... A mí, doña Monserrat me quita el sueño.

PELAYO.—No lo he notao.

ALBINO.—Ella sí.

PELAYO.—Es una relamía.

ALBINO.—¿Tú que sabes? Da gloria oírla. El otro día me asomé a la escuela, y estaba diciendo unas cosas, ¡mi mare!: de los círculos, que debían ser reondos; de los tránguios... Bueno, ¡hay que ver cómo os puso a los catetos!

PELAYO.—Yo no la pueo ver. Ella tié la culpa de que Socorro se haya inclinao por el forastero. ¡Y eso, no!

ALBINO.—¡Anda!, lo que os que a doña Socorro le ha

gustao porque es un hombre mu apañao, y aluego la dijo cuatro versos, y las mujeres se chalan por los poetas. ¿Tú sabes lo que es ser poeta?

PELAYO.—Ni quiero.

ALBINO.—Pos lo cierto es que se chaló y que desde que se chaló esto está perdío. y aquí no hay de na... ¿Cuándo se han visto aquí toas las botellas vacías y estos cuatro bizcochos borrrachos, que paece que le han dao amoníaco, y una magdalena muerta de risa?...

PELAYO.—Pos esto se va a acabá; pero que hoy mismo... ¡Ya verás!

ALBINO.—¿Qué vas a hacer?

PELAYO.—Decirla en cuanto venga que con quien se tié que casá es conmigo, y que o por las buenas, o aquí salimos toos en los papeles.

ALBINO.—*(Burlón.)* ¡Ja, ja, ja!...

PELAYO.—¡Que mientras éste viva, a esa mujé no hay quien le toque er pelo de la ropa!

ALBINO.—Se la quitará.

PELAYO.—¡No me esesperes!...

ALBINO.—¡Si supieras!

PELAYO.—O me hablas claro, o te estampo las claras...

ALBINO.—Que ella va ya con el tercero y... el tercero no eres tú. *(Dándole en el hombro.)*

PELAYO.—¿Eh?

ALBINO.—Tú eres un quinto.

PELAYO.—Lo veremos.

ALBINO.—¡Que el tercero no eres tú! *(Dándole más fuerte.)* Que doña Socorro se casa, pero que hoy mismito. ¿Te enteras?

PELAYO.—¿Hoy?

ALBINO.—Hoy mismito. Y... ¡el tercero no eres tú! *(Va a darle otro golpe. Pelayo le coge el brazo en medio de la acción.)*

PELAYO.—¿Quién es?... ¿Ese...?

ALBINO.—Ese: el poeta. *(Pelayo queda pensativo.)* Yo... lo siento por ti; pero...

PELAYO.—*(Consigo mismo.)* ¡No, no! *(Se ve la lucha interior que sostiene.)*

ALBINO.—Y... vamos, si yo hablara...

PELAYO.—Tú sabes algo que te tienes callao. Yo estoy a oscuras.

ALBINO.—Lo tengo en la mano.

PELAYO.—¡Habla!

ALBINO.—Ayer tarde estuvo aquí don Liberato, el juez. Me llamó aparte y me estuvo haciendo unas preguntas, y por palabras así..., esparramás, me pareció que algo pasaba; y, además, me dijo que en cuanto viniese le dijera que se presentase en seguía en el Juzgao.

PELAYO.—¡Toma tabaco! ¿Y qué más? *(Albino enciende una cerilla.)* Con lo que me estás diciendo me haces hombre. *(Tomando la cerilla que le alarga Albino.)* Me das una luz...

ALBINO.—Me paece que ha hecho una estafa o algo parecío; qué sé yo. Y si le echan mano, pues...; pero de esto, ¡ni palabra!

PELAYO.—Nos tenemos que enterá.

ALBINO.—*(Aparte.)* Va a ser tarde. Tú, que viene... *(Por el foro,* NAPOLEÓN.*)* Silencio... *(Mutis torvo Pelayo, y batiendo con furia las claras. Albino canta. Aparece Napoleón por el foro. Cómicamente trajeado. Cara interrogante.)*

NAPOLEÓN.—Shss... Shss.. ¿No hay nadie?

ALBINO.—*(Igual tono.)* Sí.

NAPOLEÓN.—¿Quién?

ALBINO.—Yo.

(Entra Napoleón; mira a un lado y a otro.)

NAPOLEÓN.—¿Y ella?

ALBINO.—Salió a misa.

NAPOLEÓN.—*(Semiaparte.)* ¡Qué rituálica del apostolicismo románico! *(Pausa; indecisión.)* Oiga, Albino, yo quiero darle a usted una prueba de confianza, pero a cambio de una sinceridad reciprocante.

ALBINO.—¿Qué quié usté decir?

NAPOLEÓN.—Venga. Siéntese y hablemos... Hablemos al corazón, lleguemos a él con el limpio ideal de una pura, de una sacra amistad. Si usted sacia mi ávida curiosidad y ahuyenta las tenebrosas dudas de mi alma..., yo le doy a usted diez duros... *(Pausa.)*

ALBINO.—Usted no tié diez duros.

NAPOLEÓN.—*(Con dignidad ofendida.)* ¿Que yo no tengo diez duros?

ALBINO.—*(Rotundo.)* No.

(Transición.)

NAPOLEÓN.—Y usted ¿cómo lo sabe? *(Apura hasta lo increíble una colilla, que tira.)*

ALBINO.—¡Pupila, y costumbre que tié uno de conocé a los hombres por las colillas que tiran. Es un confeti.

NAPOLEÓN.—¡Caray, qué psicólogo!

ALBINO.—Y, además, que yo sé cosas suyas...

NAPOLEÓN.—¿Qué cosas?

ALBINO.—*(Misterioso.)* Ayer estuvo aquí el juez preguntando por usted.

NAPOLEÓN.—*(Levantándose.)* ¡Ay, no me lo diga, no me lo diga!... *(Volviendo a Albino.)* Cuénteme, cuénteme... ¿Se enteró ella?

ALBINO.—No. Me enteré yo solo; pero tengo encargado de prevenirla.

NAPOLEÓN.—Usted no se lo dirá...

ALBINO.—Es deber mío.

NAPOLEÓN.—¿Deber?... ¡No nombre el deber y dígame que callará!

ALBINO.—Mi obligación...

NAPOLEÓN.—*(Levantándose.)* ¡Yo me arrojo al tren!

ALBINO.—Trae retraso.

NAPOLEÓN.—*(Sentándose.)* Lo esperaré... Oiga, yo le voy a contar a usted la verdad... Que no escuche nadie. *(Se levanta y cierra la puerta y vuelve el gramófono hacia la pared.)* Albino, yo soy una víctima. Un irascible posadero de un pueblo comarcano, a quien he dejado un modesto "pufo" de noventa y dos pesetas, me persigue jurídicamente y atléticamente. Pero yo soy un hombre bueno, buenísimo, créame usted. Ya lo verá cuando, al fin, sea dueño de todo esto... Ese posadero dando parte de mí, me parte, porque esa infeliz y buchona paloma de doña Socorro que zurea anhelante de mi cariño, puede recelar, vacilar, y... y no casarse. ¡Y esto no! ¡Esto no, Albino!... Yo necesito de usted..., yo no puedo prescindir de una colaboración.

ALBINO.—Bueno... Cuente usted conmigo y con doña Monserrat, y... con Pelayo.

NAPOLEÓN.—No. Esto no es una revista Velasco. Ni quiero más colaborador que usted. Usted y yo solos... Escuche... Yo he sido joven... En mi tiempo, tuve todos los defectos de la juventud de entonces: honradez, deseos de hacerme hombre, amor al trabajo... ¡para amarrarme!... Luego, en la trayectoría de mi vida, he sido de todo... Pero mi ideal era el teatro. ¡Por fin debuté! En la vermut del Teatro de Verano. Hacía yo el pintor de "La patria chica", y tenía que enseñar un cuadro, diciendo: "¡El retrato!..." ¡Qué desgracia!... Me equivoqué, y en lugar de "¡El retrato!", exclamé: "¡El... bueno!..." ¡Qué vermut! Allí terminó mi carrera de actor.. Luego me dediqué, por los pueblos, a improvisador y recitador de versos... Mis

improvisaciones se hicieron célebres... Hubo dos años en que por todas partes veía usted carteles: ¡Napoleón Singerman!

ALBINO.—¿Y los versos esos que le dice a doña Socorro, se los saca usted de su cabeza?

NAPOLEÓN.—Mientras me peino. Ahora lo que necesito es un traje decoroso... para poder casarme y salir..., que salgamos todos de penas y apuros...

ALBINO.—Verdaderamente que la desgracia se ha cebao en usted.

NAPOLEÓN.—Como si la hubiera dado bellotas...

ALBINO.—Aquí lo difícil de arreglar es lo del posadero, porque ése quiere su dinero...

NAPOLEÓN.—¡Cá! Quiere el mío; ya ve si es difícil... Pero, en fin, querido Albino, yo le voy a proponer a usted algo así... como el ultraísmo de la amistad...: un comunismo, un intercambio de numerario; el ideal de nueva humanidad... ¿Usted tiene dinero?

ALBINO.—Pídame lo que quiera... menos dinero.

NAPOLEÓN.—Pues, al menos, proporcióneme un traje... que me pueda presentar decoroso... al himeneo... ¿No hay en este pueblo quien venda ropa hecha? ¿Alguna levita o chaquet del antiguo régimen?

ALBINO.—Sí. Yo conozco uno que tiene de toas clases; pero no le gusta vender en este pueblo, sino fuera... Iré a verle... No está lejos. Vive en el mismo cementerio.

NAPOLEÓN.—Tú no eres un amigo; tú eres un hermano... Alma bendita, de cenobita..., trae la levita...

ALBINO.—¡Ella! *(Que ha ido al foro.)*

NAPOLEÓN.—Mi vida es tuya.

ALBINO.—En el lío que me está metiendo este sinvergüenza... *(Mutis.)*

NAPOLEÓN.—*(Entran* SOCORRO *y* MONTSERRAT *por el foro.)* ¡Socorro, Soco mía! ¡Doña Montserrat!

SOCORRO.—¡Napoleón!

NAPOLEÓN.—Llámame en abreviatura: Napo.

SOCORRO.—Napo. ¿Tú ya, aquí ya?...

NAPOLEÓN.—Sí, yo ya, aquí ya, yo.

SOCORRO.—Vengo de confesarme.

MONTSERRAT.—Pura la recibió el primer marido...

SOCORRO.—Y el segundo.

NAPOLEÓN.—*(Con un poco de tono.)* ¡Y yo el tercero!

SOCORRO.—El señor cura, que te diga ésta, ha reconocido lo limpia que estoy de pecado.

NAPOLEÓN.—¡Cómo yo!

MONTSERRAT.—Y le ha echado su flor... La ha dicho que para viuda dos veces no estaba nada estropeada.

NAPOLEÓN.—¡Qué va a estar!

SOCORRO.—¡Ni a la de tres!

NAPOLEÓN.—¡Ay, qué graciosa!

SOCORRO.—¿Estás satisfecho?

NAPOLEÓN.—¿Satisfecho? Pues no me falta mucho...

MONTSERRAT.—Bueno, bueno, doña Socorro, que tiene que arreglarse y... ¿usted no se viste?

NAPOLEÓN.—No, digo sí; es que por no despertar la curiosidad... *(Va al foro y mira.)*

SOCORRO.—¡Estás impaciente!

NAPOLEÓN.—¡Claro! Pero es por lo que mi corazón espera, y acelera, su carrera...

SOCORRO.—¡Habla que es un gramófono!

MONTSERRAT.—¡El trabajo que les cuesta a ustedes los poetas variar de traje!

NAPOLEÓN.—¡No lo sabe usted bien!

MONTSERRAT.—Vamos, que el tiempo pasa.

SOCORRO.—*(A Napoleón.)* ¿Necesitas mucho para arreglarte?

NAPOLEÓN.—Noventa pesetas. Digo, noventa minutos, y menos.

SOCORRO.—Pues hasta ahora, Napo. *(Mutis.)*

NAPOLEÓN.—Adiós, Soco.

MONTSERRAT.—En seguida, hombre feliz. *(Mutis. Napoleón va al foro, mira, se impacienta y a poco se oyen ladridos de perros.)*

NAPOLEÓN.—¡Albino corriendo y dos perros tras él! ¡Ay, Dios! ¿Qué pasará? *(Entra* ALBINO, *jadeante, con un bulto; da un empellón a Napoleón, cierra la puerta violentamente y fuera se oye el ladrar más cercano de dos perros.)*

ALBINO.—*(Tirándole el bulto a Napoleón.)* ¡Tenga! ¡Me caso!...

NAPOLEÓN.—¡Shts!... Aquí no se casa nadie más que yo.

ALBINO.—¡Mardita sea! Al salir der Camposanto...

NAPOLEÓN.—*(Mientras mira satisfecho la ropa.)* ¡Eso es por soleares!

ALBINO.—Eso es por meterme donde no me importa. ¿Quién me mandaba a mí ir a buscarle a usté ropa ni ná? Pa que aluego de tener que contarle al conserje un cuento chino, al salir me olieron dos perros y se... emperraran en quitarme a bocaos el trajecito...

NAPOLEÓN.—No te podré pagar en la vida.

ALBINO.—¡Pues no faltaba más que eso!... Como no puea usté pagá, prepárese.

NAPOLEÓN.—¿Dónde me la pongo?

ALBINO.—Donde le venga.

NAPOLEÓN.—No empañe su hermoso rasgo; y dígame, ¿podría entrar en la cocina a mudarme?

ALBINO.—Si entra usté en la cocina no se casa... Venga, venga usted conmigo. *(Abre la puerta del foro.)*

NAPOLEÓN.—¿Y los canes?

ALBINO.—¿Qué más da? Venga, venga... *(Salen. A poco se oye el ladrar de los perros.)*

PELAYO.—*(Saliendo de la cocina.)* ¡Cómo ladran los perros! ¡Si vendrá ella!.. *(Mira por el foro, asomándose a la escalera.)* ¡Socorro!

SOCORRO.—*(Arriba. Dentro.)* ¿Qué?

MONTSERRAT.—*(Asomándose a la ventana.)* ¡Ay! ¡Qué susto me ha dado usted, don Pelayo!

PELAYO.—No me llame usted don Pelayo, maestra.

MONTSERRAT.—No me llame usted a mí maestra.

PELAYO.—Usted lo es.

MONTSERRAT.—¿Y usted no es?...

PELAYO.—Pelayo na más. Don Pelayo fué un abuelo mío.

MONTSERRAT.—Pues no representa usted tanta edad.

PELAYO.—¿Quiere usted hacerme el favor de decirle a doña Socorro que si me da el dinero pa ir por las cosas, que se me echa luego el tiempo encima?

MONTSERRAT.—Con mil amores... *(Se entra.)*

PELAYO.—Con uno te contentarías tú.

SOCORRO.—*(Dentro.)* ¡En seguida, Pelayo! *(Este entra un momento por la cesta y vuelve a salir sin mandil y sin yorro. Bajan Montserrat y Socorro.)* Ahí tiene usted: todo como siempre... Digo, no... Traiga un medio kilo más de carne. Y si no..., uno, uno más, ¡y más de todo..., de todo más!... *(Mirando a Montserrat, como diciéndole: "¡Para él!")*

PELAYO.—*(Al mutis.)* Está pa que la aten y pa comérsela. Pa comérsela atá...

MONTSERRAT.—Mírese en ese espejo. *(Arreglan las mesas durante el diálogo siguiente.)*

SOCORRO.—¡No me acostumbro, no me acostumbro! ¡Estoy temblorosa!

MONTSERRAT.—Pues ya debía usted ir perdiendo el miedo.

SOCORRO.—Sí; pero es que con la ilusión de hoy, nunca.

Con usted no tengo yo secretos, porque usted, más que mi amiga, puede ser mi madre.

MONTSERRAT.—No tanto, no tanto.

SOCORRO.—¿A quién sino a usted debo yo la poca educación que tengo?...

MONTSERRAT.—No tiene importancia. Yo no he hecho más que enseñarla algunas cosas, porque hoy la mujer tiene que ser culta.

SOCORRO.—¿Qué?

MONTSERRAT.—¡Culta!

SOCORRO.—¡Uy, si mi madre levantara la cabeza! *(Preocupada y en voz baja.)* ¿No se ha oído nada de cencerrá? La última fué horrible.

MONTSERRAT.—Como que decía don Rafaelito, el médico, que si usted se casaba unas cuantas veces más saldrían de este pueblo muy buenos jazz-bands.

SOCORRO.—Hoy se chinchan. No se han enterao más que usted, el cura, los testigos y, ¡ay!, él.

MONTSERRAT.—La verdad es que usted enviuda y en seguida surge el sustituto. Y siempre forasteros.

SOCORRO.—Como estoy en la estación...

MONTSERRAT.—Pues si se instala usted en la frontera... ¡Ay! Otra luna de miel. ¡Tres lunas ya!

SOCORRO.—¡Y no soy coqueta! *(Se oye otro ladrido lejano.)* O he oído mal...

MONTSERRAT.—¡Por Dios, evite el hiato!

SOCORRO.—¿El qué?

MONTSERRAT.—Tanta vocal junta. No se debe decir "voy a Alicante".

SOCORRO.—¿No?

MONTSERRAT.—En cambio, se puede decir "voy a Madrid".

SOCORRO.—Claro, es mejor; pero no sabía que no podía ir a Alicante. *(Ladra un perro.)* ¡Ya decía yo! Me pareció oír la voz del "Comotú".

MONTSERRAT.—¿El perro de su difunto? ¿Por qué lo dió?

SOCORRO.—¿Pero usted no sabe? Cuando vino el señor obispo, se fijó, al bajar del coche, en el animalito, que era la admiración de todo el mundo, y llegó hasta él, haciéndole así con los dedos y preguntando: "¿Cómo se llama?"

MONTSERRAT.—¿Y le dijo usted "Comotú"?

SOCORRO.—¡No! Como Su Ilustrísima... ¡Qué disgusto! Al día siguiente me avisaron de que no podía volver a la iglesia si no echaba al perro, y lo regalé al conserje del

cementerio en agradecimiento por lo bien que había enterrado a mi marido...

MONTSERRAT.—*(Al ver que la chaqueta de Socorro tiene un gran ramo de azahar.)* Pero... ¿esto qué es?

SOCORRO.—Ya lo ve usted.

MONTSERRAT.—¿Pero la segunda vez lo llevó?

SOCORRO.—No, porque llovía.

MONTSERRAT.—Pues vamos a quitarlo, que está nublado. *(Lo quita y, distraídamente, se lo pone ella.)*

SOCORRO.—¿Lo va usted a llevar?

MONTSERRAT.—*(Al darse cuenta.)* ¡Ay, nò!... ¡Qué disparate!

ARGIMIRO.—*(Entrando.)* ¡Buenos días!

LAS DOS.—Buenos días.

ARGIMIRO.—Qué. ¿Ya dispuesta?

SOCORRO.—¡Ay, sí!... *(Entra Albino por el foro.)*

ALBINO.—¡Mare de mi arma! *(Parándose en la puerta. Luego, al ver a doña Montserrat, muy insinuante.)* ¡Buenos días!

ARGIMIRO.—¡Tú! ¿Qué haces? ¡Tráeme el café!

ALBINO.—Soplando. *(Mutis a la cocina.)* ¡Qué oportuno he llegao!

ARGIMIRO.—¿Acabaremos pronto? Tengo que hacer.

SOCORRO.—En seguida. Vamos.

MONTSERRAT.—Vamos. *(Suben.)*

ARGIMIRO.—¡Maldito retraso y maldita boda! ¡Pelayo! ¡Pelayo!

ALBINO.—*(Sacando la cabeza.)* Pelayo no está.

ARGIMIRO.—¡Maldita fonda! ¡Albino!

ALBINO.—*(Sacando la cabeza.)* ¿Qué?

ARGIMIRO.—¿Me traes el café, sí o no?

ALBINO.—Lo estoy recalentando.

ARGIMIRO.—¡No me lo traigas!

ALBINO.—Superior.

ARGIMIRO.—¿Superior y lo estás recalentando?

ALBINO.—No. Decía que bueno, que muy bien, que superior...

PELAYO.—*(Entra cargado.)* ¡Buenas!

ARGIMIRO.—¿No se pué tomar café en esta fonda?

PELAYO.—Ahora mismo.

ARGIMIRO.—Pero... ¡bueno!

PELAYO.—*(Al mutis.)* ¡Superior! (DON CAYITO, CHUCHÍN, *su esposa, joven, mona, sosa y argentina.)*

CAYITO.—¿Qué tal, Argimiro?

ARGIMIRO.—¡Hola, Cayito!... ¡Buen madrugón, Chuchín!

CAYITO.—Medio dormidos venimos.

CHUCHÍN.—Yo dormida del todo, ché. *(Entra el* SEÑOR CURA.)

ARGIMIRO.—¿Cómo va, don Pablo?

CURA.—No tan bien como usted. *(A Cayito y Chuchín.)* Y ustedes, ¿qué tal?

DON JUAN.—Señores, buenos días.

ARGIMIRO.—¡Hola, don Juan!

CAYITO.—¿Cómo va?

DON JUAN.—Qué. ¿Despacharemos pronto?

ARGIMIRO.—Creo que sí.

DON JUAN.—Mucha prisa tengo.

ARGIMIRO.—Y yo.

CHUCHÍN.—¡Mira que habernos levantado para una boda a secas!

CAYITO.—No piensas más que en divertirte, Chuchín.

ARGIMIRO.—Es natural.

CHUCHÍN.—¡Ay! *(Aparece* NAPOLEÓN *con la ropa que se ha puesto; mal, sin demasiada exageración. Albino sirve el café pedido.)*

NAPOLEÓN.—¡Oh, señores! Nunca me he sentido tan honrado... *(Saludando a todos.)*

CURA.—En capilla, ¿eh?

NAPOLEÓN.—Junto a la gloria, en el rascacielos de mi vida.

CURA.—¿Se ha confesado usted?

NAPOLEÓN.—Sí, sí, señor; claro...

CURA.—¿Con quién?

NAPOLEÓN.—Con éste. *(Por Albino.)* Con éste he ido.

CURA.—Pero... ¿adónde?

NAPOLEÓN.—A la ermita esa que hay ahí... Esa... ¿Verdad, tú? Amiguito mío que es desde niño el ermitaño.

CURA.—No es ermitaño... Es un sacerdote... ejemplar.., pero sólo sacerdote.

NAPOLEÓN.—Pues con ese ejemplar ha sido.

CURA.—¿Y está mejor del reuma de la pierna?

NAPOLEÓN.—Sí, mejor; pero la otra...

CURA.—¿Qué otra? ¡Si se la cortaron hace dos años!

NAPOLEÓN.—Por eso... la otra no tiene remedio.

CURA.—Luego iré a verle. ¡Señores!... *(Presentando a Napoleón.)* El novio... Don Juan, honrado comerciante de ultramarinos.

DON JUAN.—Para servirle.

NAPOLEÓN.—Encantado. De ultramarinos, ¿eh? Seremos micísimos.

CURA.—Aquí, la señora Chuchín, esposa de don Cayito, argentina.

NAPOLEÓN.—¿Bonaerense?

CHUCHÍN.—No, de Córdoba.

NAPOLEÓN.—¡Qué bromista!

CURA.—Don Cayito, hijo natural de Santa Elena, recién venido de América, millonario, filántropo... Por cierto que hace un momento me ofreció construir otra cárcel.

NAPOLEÓN.—¡Ooh! *(Argimiro se ha ido al andén y pasea nervioso.)*

CAYITO.—Merecen ustedes más.

NAPOLEÓN.—*(A Albino.)* Oye, éste, ¿es amigo del juez?

ALBINO.—¡Mucho! *(Doña Montserrat por el balcón.)*

MONTSERRAT.—Dice Socorro que está todo dispuesto; que cuando ustedes quieran.

ALBINO.—*(Con socarronería.)* ¿No esperamos al juez?

NAPOLEÓN.—*(Medio cayéndose.)* No, no...

CURA.—*(Sosteniéndole.)* ¿Qué le pasa?

NAPOLEÓN.—Nada, nada.

CHUCHÍN.—¡La emoción! *(Inician el mutis.)*

CRISTINA.—¡Debilidad!

NAPOLEÓN.—Vamos a ser amicísimos... *(Todos mutis.)*

ARGIMIRO.—¡Oye, Albino! Sube, y cuando vayan a echar- es las bendiciones bajas a avisarme.

ALBINO.—¿Espera usted a...?

ARGIMIRO.—Anda, haz lo que he dicho. *(Mutis Albino. Pausa. Lee un periódico. Por el foro* CLEOPATRA, *cupletista, joven, coqueta, guapa, elegante, con traje de viaje, un perro bajo un brazo, un cabás en la mano. La acompaña su "tía" Aurora, de la edad que quiera la actriz, con tal de pasar de cincuenta. Es sorda.)*

CLEOPATRA.—¡Argimiro!

ARGIMIRO.—¡Ah, tú! Estaba temiendo que vinieses.

CLEOPATRA.—¿Temiéndolo?

ARGIMIRO.—Sí, porque iba yo a ir ahora mismo a la fonda, cuando acabara esa maldita boda..., a decirte que viene tu tren con cuatro horas de retraso. ¿Cómo no os advirtieron?...

CLEOPATRA.—Ya me lo dijeron; pero tomé el auto de la fonda y dije que me trajese para pasar este tiempo aquí contigo. ¿Te parece mal?

ARGIMIRO.—No; digo, sí, porque aquí estamos mal; baja-

rán los de la boda; en mi despacho peor, porque entran y salen; mi cuarto es incomidísimo. En la fonda esperamos.

ALBINO.—*(Asomando arriba.)* ¡Don Argimiro, que esto se arremata!

ARGIMIRO.—Voy en seguida. *(Vase por la escalera.)*

CLEOPATRA.—No tardes.

ALBINO.—*(Por Cleopatra.)* ¡Virgen de la Macarena! ¡Josú del Gran Poder! Esto es una mujer, y no el furgón de cola que se está casando.

AURORA.—*(A Cleopatra.)* ¿Te ha dado los billetes? *(Cleopatra, por señas, dice que no. Le da el perrito a Aurora.)* ¿Pero vamos a pagar el tren teniendo él ahí todos los billetes que quiera? *(Cleopatra la dice que se calle, y va al espejo a arreglarse el sombrero.)*

ALBINO.—*(Se asoma al balcón, silencioso.)* Jalea de Puente Genil. *(Figura que al subir los brazos Cleopatra se le ha soltado una liga, que se sujeta. Levanta la cabeza y ve a Albino.)*

CLEOPATRA.—*(A Albino.)* ¿Falta mucho? *(*PELAYO *entra, coge un rimero de platos y se va por la cocina.)*

ALBINO.—¡No falta na! *(Al mutis.)* ¡Ay, mardita sea mi suerte! *(Ríe Cleopatra. Aurora coge una magdalena, la muerde y la tira, oyéndose el golpe secamente sobre el mostrador.)*

AURORA.—¡Ay! ¡La del año pasado! *(Pausa.)* ¿Por qué no viene y nos da los billetes? ¡Es la hora! *(Se oye en la cocina ruido de platos que se han caído.)* ¡El tren! *(Levantándose rápida.)*

CLEOPATRA.—¡No es! Trae retraso.

AURORA.—¡Ah, pues voy a tomar algo! *(Toca las palmas. Aparece* PELAYO. *Ve a Cleopatra y se le aproxima hasta echarle el aliento por detrás en el cuello.)*

CLEOPATRA.—¡Ay! ¡Por Dios, hombre! ¿Qué quiero usted?

PELAYO.—Eso digo yo, ¿qué quiere usted?

CLEOPATRA.—Es ahí, la señora.

PELAYO.—¿Qué quiere?

AURORA.—Un té... No estoy bien.

PELAYO.—¡Qué va usted a estar! ¿Sólo?

AURORA.—Con leche, y... deme unas galletas.

PELAYO.—*(Al mutis.)* De buena gana.

AURORA.—¿Se ve ya?

CLEOPATRA.—*(Signo negativo.)* ¡Qué pelma!

AURORA.—¡Gracias! *(Entra* PELAYO *con la tetera y empie-*

za a servir. Mira a Cleopatra y le cae té a Aurora en la mano, quemándola.) ¡¡Ay!!

PELAYO.—Usted disimule. *(La seca él con la servilleta.)*

AURORA.—No es nada. Estoy seca.

PELAYO.—¡Ya, ya! *(Ríe Cleopatra la ocurrencia.)* Y usted, ¿no toma nada?

CLEOPATRA.—El tren, cuando venga.

PELAYO.—*(Finísimo.)* No se suba en el último coche, que es peligroso... *(Cleopatra le vuelve la espalda. Mutis Pelayo.)*

AURORA.—¿Qué ha dicho?

CLEOPATRA.—¡Que el último coche es peligroso!

AURORA.—*(Aparte.)* ¿Para qué lo ponen? *(Pausa. Se oye que bajan.)*

CLEOPATRA.—Ya vienen. *(Mira. Se sienta. Baja don Argimiro.)*

ARGIMIRO.—¡Anda, anda, vamos!

CLEOPATRA.—¿Y ésta?

ARGIMIRO.—Que espere.

AURORA.—¿Ya?

ARGIMIRO.—El perro y usted esperen aquí. *(Coge su sombrero y mutis. Llegan todos.)*

SOCORRO.—¡Qué emocionada vengo!

NAPOLEÓN.—Yo más.

MONTSERRAT.—Tiene menos costumbre.

CAYITO.—¿Te acuerdas, Chuchín?

CHUCHÍN.—¡Qué envidia me da!

ALBINO.—*(A Aurora.)* ¿Se han ido?

AURORA.—No, ahora no quiero nada.

ALBINO.—Camará, ¡qué sordera!

SOCORRO.—*(A Napoleón.)* Te voy a poner una flor... *(Saca una.)* Esta, que tiene el rabo más largo.

MONSERRAT.—*(Bajo.)* No diga rabo; tallo es más propio.

SOCORRO.—A la mesa.

AURORA.—*(A Albino.)* ¿Es día de alguien?

ALBINO.—De ésa. *(Señala a Socorro.)*

AURORA.—¡Que tenga usted muchos como éste!

SOCORRO.—Muchas gracias.

NAPOLEÓN.—¡Caray, señora!

SOCORRO.—*(Acaricia al perro que tiene en brazos Aurora.)* ¡Qué tallo más bonito tiene!

AURORA.—De nada...

NAPOLEÓN.—Siéntese.

SOCORRO.—Siéntese.

(Aurora se sienta a una mesa, sola.)

DON JUAN.—Yo me marcho; he dejao la tienda sola.

NAPOLEÓN.—No, una copita. *(Sirve.)* Conque de ultramarinos, ¿eh?

CAYITO.—*(Levantándose con una copa en alto.)* Por muchos años. *(Se sienta.)*

NAPOLEÓN.—Ha estado muy bien.

CHUCHÍN.—¿Y Argimiro?

CURA.—Habrá ido a cumplir con su deber.

ALBINO.—¡Qué listo es este cura!

SOCORRO.—Albino, di a Pelayo que mande el almuerzo.

CAYITO.—¿Tan temprano?

CHUCHÍN.—Yo no tengo ganas.

SOCORRO.—He mandado hacer unas torrijas y chocolate. ¡Poca cosa!

NAPOLEÓN.—¡Como estamos de luto por mi antecesor!

ALBINO.—*(Saliendo de la cocina.)* Pelayo no está en la cocina. Se habrá ido por la puerta de atrás.

NAPOLEÓN.—¡Cómo puede ser esto! ¿Se ha marchado el jefe de cocina? ¿A dónde?

MONTSERRAT.—No se preocupe. Si no tenemos aún ganas.

AURORA.—*(Llama a Albino.)* Oiga. Entre el cubierto de tres pesetas y el de tres cincuenta, ¿qué diferencia hay?

ALBINO.—Dos reales.

AURORA.—Pues traiga... *(Albino se separa haciéndole además de que espere.)*

CHUCHÍN.—Pero... ¿y el jefe?

SOCORRO.—¿Adónde habrán ido? *(A Napoleón.)* Aquí queremos todos a don Argimiro... No sabes cómo me ha defendido cuando me han querido quitar la fonda.

NAPOLEÓN.—Pero... ¿te la pueden quitar?

SOCORRO.—No; porque don Argimiro es un santo. Pero... ¿no sabes? Ha habido quien ha denunciado que aquí se han intoxicado viajeros, cuando aquí no se ha puesto nunca malo nadie.

ALBINO.—*(Aparte.)* Aquí no; pero luego en ruta... *(Mutis foro. Sirve. Aparece* PELAYO *por el foro, con la vista desencajada. Expectación.)*

MONTSERRAT.—¡Pelayo!

SOCORRO.—¡Ay, Napoleón! ¡Cómo nos mira este hombre!

NAPOLEÓN.—¡No temas! ¡Yo soy... quien soy!

PELAYO.—¡Con permiso del señor cura!

CURA.—¿Qué le ocurre?

CHUCHÍN.—¿A qué vendrá?

CAYITO.—¡Calla!

PELAYO.—Perdonen que venga nervioso; pero tengo que decir algo importante.

SOCORRO.—*(A doña Montserrat.)* ¡Ay, doña Montserrat; dele usted una copa de algo!

MONTSERRAT.—¡Sí, sí! ¡Estos pasionales! *(Doña Montserrat va a servírsela.)*

PELAYO.—¡Ni la necesito, ni la quiero! ¡Yo no tengo farta de ná! *(Doña Montserrat ha echado en la copa hasta la mitad. Cambiando de tono.)* Llénela siquiera.

MONTSERRAT.—¡Estos pasionales! *(La llena y Pelayo bebe.)*

PELAYO.—Una mujer, que era pa mí la Santísima Trinidad, me la ha jugao... ¡Me la ha jugao!...

SOCORRO.—¡No, yo no te he jugao na!... Cuando murió mi anterior, te posesionaste de la cocina, y ¿por qué te ibas a posesionar también de la viuda?

NAPOLEÓN.—¡Ni de la despensa!

PELAYO.—En cambio..., ése *(Por Napoleón.)*, que es un gandul más largo que la vía...

NAPOLEÓN.—*(Se hace el distraído.)*

SOCORRO.—¡No ofenda y salga!

PELAYO.—¡Ca! ¡Esto lo voy a arreglar ahora mismo. *(Hace movimiento de echar mano atrás; movimiento de todos.)*

MONTSERRAT.—No, don Pelayo.

AURORA.—¡Tiros, no, que no puedo oírlos! *(Vase corriendo por el foro.)*

SOCORRO.—¿A qué me voy a tener que arrancar yo?

PELAYO.—Para este granuja me basta con una vara.

NAPOLEÓN.—¡Mida sus palabras! *(Adopta la conocida actitud napoleónica.)*

PELAYO.—Con una vara, he dicho. Primero, tenéis que saber ustedes que este Napoleón, que ha venío aquí con una mano atrás y otra alante... *(Napoleón se sienta.)*, ni es poeta, ni tiene una peseta. Se escapó ayer de una posá, debiendo cerca de veinte duros. *(Napoleón ríe y se pone serio, alternativamente.)*

NAPOLEÓN.—Yo, yo... ¡Ay, qué risa! ¡Ja, ja!... ¡Yo veinte duros! ¡Ja, ja! No lo crea, padre.

PELAYO.—Y basta... Ese hombre sale de aquí. Este hombre no duerme aquí esta noche.

SOCORRO.—¡Ay!

CAYITO.—Está loco.

CHUCHÍN.—Es interesante.

CUBA.—Vamos, vamos...

MONTSERRAT.—*(Acercándose.)* Don Pelayo.

PELAYO.—¡Cállese, maestra! *(A Napoleón.)* Usted. ¡Fuera de aquí! ¡¡Fuera!!

TODOS.—¿Eh? *(Rumores.)*

SOCORRO.—¡Ea! ¡Esto se ha acabao! *(Hecha una fiera repentinamente.)* En mi casa no manda nadie más que yo, ni aquí hay más hombre que yo.

TODOS.—*(Los hombres.)* ¡Oh!

SOCORRO.—¡A la calle!

PELAYO.—Es...

TODOS.—¡A la calle! *(Fuertes rumores.)*

SOCORRO.—¡Callarse tóos! ¡Afuera, tú!

TODOS.—¡Fuera! ¡¡Fuera!!

ALBINO.—*(Por el foro.)* ¡El ingeniero!

TODOS.—¿Qué?

ALBINO.—El inspector de la línea acaba de bajar en auto, con una señora, y me ha preguntao por el jefe... *(Todos van de un lado a otro, y repiten sucesivamente.)*

TODOS.—¡Argimiro! ¡Don Argimiro! ¡Señor jefe!...

ALBINO.—Se fué con la cupletista. *(Terrible impresión en todos.)*

SOCORRO.—¡Qué compromiso! Napoleón, anda a buscarlo, y todos, buscadlo todos. *(Salen y vuelven.)* Si tarla, le cuesta la carrera. El perdería el destino; pero yo, nosotros, sin su apoyo, nos quedábamos en la calle. No vaciles, corre...

NAPOLEÓN.—*(Amoscado.)* ¿Adónde?

SOCORRO.—Por don Argimiro. Búscale, sálvale.

NAPOLEÓN.—¿Dices que nos quedábamos?...

SOCORRO.—¡En la calle!

NAPOLEÓN.—¡Yo le salvaré! *(Vase por el foro, tropezándose con el señor* CAMINO, *ingeniero, y* ANGELA MARÍA, *que no se fijan en él.)*

CAMINO.—Aquí podemos tomar algo...

ANGELA.—¡Buenos días!

MONTSERRAT.—¡Muy buenos!

ANGELA.—Sigan, sigan.

TODOS.—*(Cortados.)* No, si ya...

SOCORRO.—Ya se acabó.

CAMINO.—¿Está por aquí el jefe? *(Silencio.)* Soy ingeniero de la Compañía. Estaba en Vadollano, y como trae el correo tanto retraso, vine en un auto. ¿Me hacen el favor de decirme dónde está el jefe?

SOCORRO.—Yo soy la fondista.

CAMINO.—¡Ah! Ya hablaremos. Pero... ¿y el jefe?

MONTSERRAT.—Hace un momento...

ANGELA.—¡No seas pelma! Vamos a tomar algo y que toquen el gramófono.

CAMINO.—Aquí es mi mujer. *(A ella.)* No empieces.

MONTSERRAT.—¡Tanto gusto!

CAMINO.—Bueno... ¿El despacho del jefe?

PELAYO.—Ahora viene.

CAMINO.—Digo el despacho.

PELAYO.—Pues eso; ahora viene.

CAMINO.—¡Qué estación! Pero... ¿no hay quién me diga dónde está el jefe?

VARIOS.—Pues... el jefe..., el jefe..., el jefe...

CAMINO.—¡¡El jefe!! *(A la vez todos y muy rápidos. Aparece Napoleón con el guardapolvo y la gorra del jefe, por la derecha.)*

NAPOLEÓN.—¡¡Servidor!! *(Estupefacción en todos. Socorro se deja caer, feliz.)*

CAMINO.—¡Gracias a Dios! *(Le da la mano fuertemente.)*

ANGELA.—¡Por fin! *(También le da la mano.)*

CAMINO.—*(Presentando.)* ¡Mi esposa, Angela María!

NAPOLEÓN.—*(Con la mano cogida a ella.)* ¡Angela María!

SOCORRO.—*(A Pelayo.)* Esto es un hombre, y no otros, que debieran estar en la cocina.

CAMINO.—*(A Napoleón.)* Me alegro conocerle. Tengo de usted los mejores informes.

SOCORRO.—*(A los otros.)* ¿Eh? ¿Qué pasa?

NAPOLEÓN.—Y yo de usted...

CAMINO.—¿Cómo?...

NAPOLEÓN.—Que yo he oído hablar mucho de usted... y *(Por Angela María.)* de usted.

CAMINO.—¿Qué? *(Alarmado.)*

ANGELA.—¿Sí?

NAPOLEÓN.—Mucho, mucho.

CAMINO.—Bueno, bueno. Me urge terminar pronto la inspección; pero antes tomaremos un piscolabis.

SOCORRO.—*(Aparte.)* ¡Aquí no hay de eso!

CAMINO.—¡A ver! ¿Dónde está el dueño de esta fonda? *(Todos enmudecen.)*

MONTSERRAT.—Pues el dueño... *(Pausa. Napoleón va a avanzar y se arrepiente.)*

SOCORRO.—¿Qué desea?

CAMINO.—¡El dueño, el dueño! *(Enérgico.)*

PELAYO.—¡Servidor! *(Se adelanta, saluda decidido, dueño*

del campo, a Camino y Angela María. Se repite la estupefacción de todos.) Pueden tomar lo que gusten.

CAMINO.—Pues... tú, ¿qué quieres? *(A Angela María.)*

PELAYO.—Lo que gusten, y todos estos señores lo mismo.

SOCORRO.—No...

NAPOLEÓN.—No tenemos ganas.

PELAYO.—Usted, no; pero estos señores... ¡A ver, tú, Albino: pon jamón, salchichón, destapa las mejores botellas!...

ANGELA.—¡Qué amable!

CAMINO.—Muchas gracias.

PELAYO.—*(Cogiendo del brazo a Socorro y acariciándola.)* Aquí, mi esposa... desde hace unos instantes... Acabamos de casarnos... El señor cura, los testigos.

CURA.—¡Señor! ¡Todo por don Argimiro! *(Aparte. Todos estupefactos.)*

NAPOLEÓN.—¡Oiga, oiga! Mire, verá. Yo... Pasemos a mi despacho.

PELAYO.—¡Luego!

CAMINO.—¡Ahora el piscolabis!

PELAYO.—¡Albino! Venga todo eso.

CAMINO.—Tengo una satisfección en rectificar lo que me habían dicho... Que esta fonda estaba muy mal... Que eran ustedes unos tacaños...

PELAYO.—¡Tacaño yo! ¿Oyen ustedes?

TODOS.—¡Oh!... ¡Ca! ¡No! *(Sin salir de su estupefacción.)*

MONTSERRAT.—¡Esto es magnífico!

CAYITO.—¡Esto es grande!

PELAYO.—¡Tacaño yo! Que no quede una botella en la bodega. Que no quede na en la despensa. ¡Albino, avisa a quien quiera venir a comer! Para mí es un honor tener aquí al señor ingeniero el día de mi boda... ¡Viva el ingeniero! ¡Viva su señora, Angela María!

TODOS.—*(Con voz muy apagada, asustados.)* ¡Viva!

ANGELA.—¡Qué castizo!

SOCORRO.—Señor ingeniero, ¡se ha vuelto loco!

PELAYO.—No la haga caso. Es una burra que se asusta de la alegría, y hoy nos vamos a divertir.

NAPOLEÓN.—¡Yo no tolero!...

PELAYO.—Eso en su despacho. Aquí, en mi fonda, mi mujer y yo mandamos.

CAMINO.—Déjele.

PELAYO.—Dadle al gramófono.

ANGELA.—¡Muy divertido! Sí, vamos a bailar.

PELAYO.—¡A bailar! ¡Hoy juro que nos vamos a divertir! *(Chuchín ha dado al gramófono, que toca el charlestón.)*

ANGELA.—*(A Napoleón.)* ¿Usted baila?

NAPOLEÓN.—¿Yo?... De coronilla.

PELAYO.—¡Claro! ¡Pues va a bailar poco! ¡A bailar todo el mundo! ¡Yo con mi mujer! ¡Anda, negra!... *(Tira de Socorro, que se resiste aterrada.)*

ALBINO.—¡Eres el amo!

PELAYO.—¡El amo!

NAPOLEÓN.—*(Aparte a Pelayo.)* ¡Como me llamo Napoleón, que me las pagas! *(Sigue la algazara. Napoleón baila a la fuerza con Ángela María, y al pasar junto a Pelayo le da patadas por detrás, a las que Pelayo contesta con otras.)*

TELON RAPIDO

ACTO SEGUNDO

La Estación. El mismo Foro. La escena, dividida. En la izquierda, el despacho del jefe, con una mesa al fondo izquierda; estante, telégrafo sobre una mesa en primer término izquierda. Puerta al foro que da al andén. Otra pequeña a la izquierda, por la que figura que comunica con la fonda. En la parte de la derecha, sala de espera con puerta igual al andén, y otra a la derecha. Una báscula y un banco. En el trasto que divide la escena, en primer término, una ventanilla para el despacho de billetes, con repisa y taburete y cajetín frente al público, para los billetes. En segundo término una puerta. Es la caída de la tarde.

(AURORA *duerme sentada en el banco. A poco, llega, por la izquierda, al despacho,* NAPOLEÓN.)

NAPOLEÓN.—¡Por todas las musas, caray! ¡Qué mañanita me están dando! Y el ingeniero no se va. Y su señora... *(Al ver que nadie le observa.)* Bueno; su señora es un programa de atracciones. *(Accionando de acuerdo con las distintas "atracciones" que nombra.)* Columpio..., montaña rusa..., rueda de caballitos y... gruta misteriosa... *(Se tapa la boca muy ruboroso.)* Pero a mí, que he sufrido todas las privaciones, precisamente ahora que la Epístola me da una esposa reciente y repletita, se me

cruza esta mujer castigándome en pleno convite de boda y obligándome a contestarla por bajo la mesa. *(Indica que la ha estado haciendo señas con el pie.)* Estos maridos viejos que colocan a sus mujeres junto a hombres atrayentes... *(Se queda pensativo y echa a correr por donde entró. Se tropieza con el ingeniero, que llega.)*

CAMINO.—¡Caramba! ¿Dónde va?

NAPOLEÓN.—Iba a... ¡a la fonda!

CAMINO.—¡No! ¡Ya nos hemos expansionado bastante! Bien está bailar un rato y tomar tres o cuatro copas; pero vamos a la labor inspectora que me trae en esta visita que giro a la línea.

NAPOLEÓN.—*(Aparte.)* ¡Arrea!

CAMINO.—Primero, contabilidad. *(Se pone las gafas, mirando interrogativamente a Napoleón.)*

NAPOLEÓN.—¡Ay! Mire usted..., yo necesito desahogarme con alguien.

CAMINO.—*(Atajándole.)* Las quejas después. Cuando yo redacte el informe. Usted formula sus peticiones y yo las consignaré.

NAPOLEÓN.—Usted no sabe mi mala estrella. Dicen que es manía quejarme del destino...

CAMINO.—¡Cómo puede usted quejarse del destino! Vida tranquila...

NAPOLEÓN.—¿Tranquila?

CAMINO.—Sueldo sobrado para un hombre soltero... *(Mirándole por encima de las gafas.)* Usted guarda dinero.

NAPOLEÓN.—¡Yo qué he de guardar!

CAMINO.—Entonces, y permita que me inmiscuya en sus interioridades, usted es un despilfarrador.

NAPOLEÓN.—*(Aparte.)* Me está tomando el pelo.

CAMINO.—Y si usted tiene un agujero en la mano, no va a ser responsable la Compañía.

NAPOLEÓN.—¡Qué va a ser!

CAMINO.—¿Me escucha usted un consejo? *(Napoleón asiente.)* ¿Por qué no hace usted lo mismo que el dueño de la fonda?

NAPOLEÓN.—Porque no puedo.

CAMINO.—¡Bah! ¿Usted sabe lo que a estas horas tiene ahorrado? Ella me lo ha dicho.

NAPOLEÓN.—*(Interesado.)* ¿Sí? ¡A ver, a ver!...

CAMINO.—Cuarenta mil pesetas.

NAPOLEÓN.—¿Dónde?

CAMINO.—En su caja. Y sin miseria, que él bien sabe gastarlo. ¿Usted se ha fijado?

NAPOLEÓN.—¡Si me he fijado! ¡Y he impresionado una película!

CAMINO.—Pues hecha esta paternal amonestación, vamos a lo que importa. ¿Me hace el favor de los libros?

NAPOLEÓN.—¿Los libros?

CAMINO.—Los libros, sí.

NAPOLEÓN.—¿Qué quiere usted leer? *(Decidiéndose a ir al foro.)*

CAMINO.—*(Conteniéndole.)* ¿Dónde va usted?

NAPOLEÓN.—Al puesto.

CAMINO.—¡Son los libros de aquí, del despacho! Facturaciones, billetes, caja... Saque, saque...

NAPOLEÓN.—Saco, saco; pero... están guardados...

CAMINO.—Pues abra y démelos.

NAPOLEÓN.—El caso es... No tengo las llaves... aquí.

CAMINO.—Tráigalas.

NAPOLEÓN.—Mire usted. Ella, ella es quien las tiene.

CAMINO.—¿Ella? ¿Quién es ella?

NAPOLEÓN.—*(Va a contestar y se arrepiente.)* Bueno, no se preocupe. *(Va a irse.)*

CAMINO.—Pídaselas a quien las tenga.

NAPOLEÓN.—*(Aparte.)* ¡Ay, dónde encuentro yo ahora!... *(Vase izquierda. Aurora da un ronquido y se despierta. Por la puerta divisoria ve al Sr. Camino.)*

AURORA.—¿No vuelve?

CAMINO.—*(Bajo.)* ¿Quién?

AURORA.—Con la mano.

CAMINO.—¿Eh?

AURORA.—El jefe.

CAMINO.—Ha salido.

AURORA.—¿Dónde?

CAMINO.—A pedir las llaves.

AURORA.—¡Ay, qué chulo! *(Vuelve Napoleón. Trae un manojo de llaves muy grandes con las que inútilmente intenta abrir el cajón de la mesa.)*

NAPOLEÓN.—*(Probando una llave.)* Vamos a ver.

CAMINO.—¿Qué llaves son esas?

NAPOLEÓN.—Del neceser de Socorro.

CAMINO.—¡Cómo han de entrar!

NAPOLEÓN.—No quieren, no. Voy por otras. *(Vase rápido por la izquierda.)*

AURORA.—A Cleopatra se la tragó la tierra. *(Viniendo al despacho.)*

CAMINO.—*(Después de mirarla extrañado.)* Claro que se la tragó.

AURORA.—Y el jefe, na.

CAMINO.—¿Cómo na?

AURORA.—¿Se entera usted ahora de...? *(Junta los dedos índices queriendo indicar que son novios.)*

CAMINO.—¡Ah! ¿Y quién es Cleopatra?

AURORA.—¡Quién va a ser! La cupletista. ¿O creía usted que Cleopatra era yo?

CAMINO.—*(Contemplándola.)* No soy tan idiota.

AURORA.—¿Eh?

CAMINO.—*(Gritándole al oído.)* ¡Idiota! *(Aurora se vuelve.)* ¡No, no! ¿De modo que el jefe y la cupletista?... *(Junta los dedos como antes Aurora.)*

AURORA.—¿No se lo ha dicho?

CAMINO.—Me hablaba de su mala estrella, pero nada más. ¿Y cómo la ha conocido?

AURORA.—Una noche, en un café. Ella subió al tocador... El jugaba en los billares, y al verla soltó cuanto tenía por seguirla. Está loco.

CAMINO.—Sí, noto algo extraño. *(Entra* NAPOLEÓN *con llaves pequeñas.)*

NAPOLEÓN.—Otras.

CAMINO.—¿Abrirán?

NAPOLEÓN.—A ver si las convenzo.

CAMINO.—*(Mientras Napoleón prueba las llaves.)* ¿De modo que usted estaba jugando?... ¿Apenas la vió soltó el taco?...

NAPOLEÓN.—¿Yo?

CAMINO.—*(Por Aurora.)* Aquí me lo ha dicho.

NAPOLEÓN.—¿Aurora?

CAMINO.—*(Mirándola asombrado.)* ¿Aurora? ¿Quién le pondría ese nombre?

NAPOLEÓN.—En Madrid, que no han visto nunca amanecer. *(Aurora mira sonriente a Napoleón. Este lo ve. Aparte.)* (Esta mete la pata.)

AURORA.—¿De qué va usted vestido?

NAPOLEÓN.—¡De dril! *(Continúa probando llaves.)*

AURORA.—¿Por qué abre usted eso? *(Napoleón la amenaza.)*

CAMINO.—*(Que lo ha visto.)* ¿Eh?

AURORA.—*(Sonriente.)* Me quiere dar marcha.

NAPOLEÓN.—*(Yendo rápido hacia ella.)* Eso, eso, marcha; marcha en busca de ella.

AURORA.—Pero...

NAPOLEÓN.—Ande, suba al tren.

AURORA.—¿Para qué?

NAPOLEÓN.—Voy a pasearla.

AURORA.—Daré una vuelta por la vía.

NAPOLEÓN.—Si el paso a nivel está cerrado, no haga caso, sáltelo, es de confianza.

AURORA.—Si el exprés saliera pronto...

NAPOLEÓN.—En cuanto la vea sale pitando. *(Empuja a Aurora afuera por el foro.)*

CAMINO.—Vamos a los libros.

NAPOLEÓN.—Sí, sí, en seguida. *(Al fin consigue abrir. Napoleón descansa radiante. Aparte.)* ¡Milagro! *(Alto, y nervioso de alegría.)* ¡Qué invento el de las llaves! Ya ha visto usted: ris, rás; abierto el cajón. Todo con una cosita que no tiene más que un diente y un ojo... Lo que no seríamos capaces nosotros si no tuviéramos más que un diente y un ojo.

CAMINO.—Deme, deme el libro de las facturaciones.

NAPOLEÓN.—¿Dice usted?...

CAMINO.—Facturaciones. ¿Estará firmado por usted?

NAPOLEÓN.—¿Firmado por mí? ¿Es hoy la semana del novelista?

CAMINO.—¿Cómo?

NAPOLEÓN.—*(Saca los libros y los coloca sobre la mesa.)* Ahí están. Son muy interesantes.

CAMINO.—Supongo que los llevará usted bien.

NAPOLEÓN.—No pesan nada.

CAMINO.—*(Ya inspeccionando un libro.)* No creo que le moleste...

NAPOLEÓN.—Calle, por Dios. Si tengo una alegría de que haya usted venido... ¿Cuándo se va usted?

CAMINO.—Mañana temprano.

NAPOLEÓN.—No se me escapará ponerle el despertador.

CAMINO.—Con que cante el gallo...

NAPOLEÓN.—Y toreará si hace falta. *(Por el libro.)* Lástima que no tenga estampas.

CAMINO.—*(Que repasa el libro.)* Unas veces escribe usted el viaje con be corta y otras el viaje es con be larga.

NAPOLEÓN.—Según los kilómetros. *(Entra por el foro en la sala de espera el Sr. Martínez, viajante malagueño. Le*

acompaña un mozo de cuerda que lleva a cuestas un enorme baúl.)

MARTÍNEZ.—*(Por la ventanilla, a Napoleón.)* Oiga, compare, ¿me hase el favor?

CAMINO.—*(A Napoleón.)* A usted le llama.

NAPOLEÓN.—No le conozco.

MARTÍNEZ.—*(Molesto.)* A vé si me hasen el favor de facturarme este baulito. *(A Camino.)* Usted mismo. No sea pelmaso.

CAMINO.—*(Lo mira, indignado; luego, se dirige a Napoleón.)* Vaya a pesar el baúl.

NAPOLEÓN.—¿Yo a pesar? *(Aparte, yendo a la sala de espera.)* ¡Ay! ¡Voy a echar el kilo! *(El mozo, ayudado por Martínez, deja sobre la báscula el baúl.)*

MARTÍNEZ.—Dos kilómetros que lo trae a cuestas.

NAPOLEÓN.—Si yo pudiera dejar el mundo como él. *(Al mozo.)* Colóquelo bien.

MARTÍNEZ.—*(A Napoleón.)* Muévalo de ahí.

NAPOLEÓN.—Que lo mueva Arquímedes. *(Lo acaban de colocar entre el mozo y Martínez, que da propina al mozo y éste se va. Napoleón corre de un lado para otro la contrapesa; pero vacila, la vuelve a correr, demostrando que no sabe manejar la báscula.)* Qué antigualla de báscula. Habiendo esas que echa usted diez céntimos y ya está. *(Cesa en la báscula.)* ¡Dos mil trescientos treinta y cinco kilos!

MARTÍNEZ.—¿Se está osté chungueando?

CAMINO.—¿Pero qué mercancías son esas? *(Desde el despacho.)*

NAPOLEÓN.—En mi vida las he visto más gordas.

MARTÍNEZ.—¿Quié osté acabá?

NAPOLEÓN.—*(Bajo, a Martínez.)* Bueno; es que estos aparatos son más falsos... ¡Cuánto mejor no es a ojo!

MARTÍNEZ.—¿A ojo? ¡Pa mí que osté no sabe con qué se come esto!

NAPOLEÓN.—¡Ah! ¿Pero esto se come?

CAMINO.—¿Qué, está eso?

NAPOLEÓN.—*(Bajo, a Martínez.)* ¿Usted no lo ha pesado?

MARTÍNEZ.—Antes, con tó lo que traía de camisas, corbatas, botones; pero como he vendío *(Echando cuenta.)*... cincuenta y ocho kilos, por un lado; de botones, dos gruesas...

CAMINO.—Pero... ¿qué pesa?

NAPOLEÓN.—Dos gruesas, cincuenta y ocho kilos...

MARTÍNEZ.—¿Qué dice?

NAPOLEÓN.—No, no... *(Bajo, a Martínez.)* A ojo, a ojo...

CAMINO.—La báscula lo dirá.

NAPOLEÓN.—Pues que lo diga; yo ya no hablo más. *(Deja la báscula.)*

MARTÍNEZ.—Yo lo he pesado en una romana; pero tan pronto me daba sincuenta, como sincuenta y sinco.

NAPOLEÓN.—Las romanas, caprichosas... Ahora verá. *(Vuelve a manipular en la báscula.)* Siete.

CAMINO.—¿Siete kilos?

NAPOLEÓN.—*(Aparte.)* ¡Qué barbaridad! *(Alto.)* ¡Estoy sumando! Y otro siete, y otro siete...

CAMINO.—¿Qué resulta?

NAPOLEÓN.—*(Que se ha enganchado y roto el guardapolvo.)* Un desgarrón. *(Entra Angela María por la izquierda.)*

ANGELA.—*(A Camino.)* Oye, guapito, me preguntan qué quieres comer.

CAMINO.—Lo que quiero es que no bailes con unos y con otros, porque vas a decir quién eres.

ANGELA.—¡Qué ordinario! ¿Quién soy yo?

CAMINO.—Menos una mujer que pueda pasar por esposa mía...

ANGELA.—¡Qué más quisiera ella parecerse a mí!

CAMINO.—No mezcles.

ANGELA.—Pero si es que no quieres que disfrute...

CAMINO.—Mujer, aquí todo el mundo es gente seria y decente. ¡Qué dirá el jefe!...

ANGELA.—¡Amos, anda! *(Da una vuelta de baile y cae sentada sobre las rodillas de él, dándole un papirotazo en la nariz. Continúan hablando en voz baja.)*

NAPOLEÓN.—*(A Martínez.)* Bueno, ya está. Márchese a... ¿a dónde va usted?

MARTÍNEZ.—A Málaga.

NAPOLEÓN.—Pues... ¡hala!, que no va usted a llegar.

MARTÍNEZ.—¿Que no voy a llegá?

NAPOLEÓN.—No. ¿Va usted a saberlo mejor que yo, que soy el jefe?

MARTÍNEZ.—¿Dejaré de irme? ¡A las ocho y treinta que es mi tren!

NAPOLEÓN.—¿Su... su tren?

MARTÍNEZ.—Facture, facture. ¿Cuánto es?

NAPOLEÓN.—Sesenta pesetas.

MARTÍNEZ.—¿Cómo?

NAPOLEÓN.—No se lo puedo dejar en menos. Se ve que es la primera vez que viaja usted.

MARTÍNEZ.—¡Me han salido los dientes en esto!

NAPOLEÓN.—*(Aparte.)* A mí me los van a quitar.

MARTÍNEZ.—En resumen... *(Napoleón y Martínez discuten en voz baja.)*

ANGELA.—Oye, rico, ¿iremos luego a la felia?

CAMINO.—Lo que tú quieras.

ANGELA.—¡Ay! ¡Quítate esos lentes que me pongo nerviosa!

CAMINO.—*(Se los quita.)* Ya está.

ANGELA.—No, no; póntelos, que me gustas más con ellos. *(Camino se los pone. Desilusionada.)* Ni contigo, ni sin ti... *(Ella va a la mesa del fondo y, jugando, tira los papeles que hay en ella. Siguen hablando.)*

MARTÍNEZ.—*(A Napoleón.)* ¡Cóbrese; pero es la primera vez que me pasa! *(Le da dos billetes.)*

NAPOLEÓN.—¡Y a mí! *(Mirando un billete.)* No pasa, no.

MARTÍNEZ.—¿Eh? ¿Los conoce usted bien?

NAPOLEÓN.—Me los acaba usted de presentar; pero como si fuera un primo hermano.

MARTÍNEZ.—Usted no está bueno.

NAPOLEÓN.—Muy mal. ¡Ande! *(Siguen hablando en voz baja.)*

ANGELA.—*(Al ponerse en pie.)* ¡Ay! Me duele aquí...

CAMINO.—*(Tocándole la pierna.)* ¿Dónde?

ANGELA.—Ahí, no. Más abajo. Quita, quita el zapato. *(Camino le quita el zapato y le toca el pie.)*

CAMINO.—¿Aquí?

MARTÍNEZ.—¡El talón! *(Camino suelta, rápido, el pie de Angela y se levanta.)*

NAPOLEÓN.—No grite; váyase.

ANGELA.—*(A Camino.)* ¡Ponme el zapato, hombre! *(Se lo pone.)*

MARTÍNEZ.—¿Cómo voy a recoger el baúl en Málaga?

NAPOLEÓN.—¿Por qué tan lejos?

MARTÍNEZ.—Vivo allí.

NAPOLEÓN.—Pues... mañana, cuando usted despierte en su casa, verá ya el baúl en la pared de enfrente, entre el lavabo y la mesa de noche. ¿Su dirección? *(Saca un lápiz y un papel para anotar.)* El Palo, ¿verdad?

MARTÍNEZ.—Oiga. *(Cogiéndole por la solapa.)* Tié usté que comé muchos boquerones pa tomarle el pelo al hijo de mí mare.

NAPOLEÓN.—¿Yo, boquerones y pelos de su hijo, de su madre?

MARTÍNEZ.—¡Se acabó! ¡El libro de reclamaciones! *(Gri-*

tando. Napoleón y Martínez discuten en voz baja. Martínez corre dos veces al despacho, y Napoleón lo vuelve a rastras a la sala de espera.)

NAPOLEÓN.—¿Más libros? ¡No hay más libros!

CAMINO.—*(Asomando por la ventanilla.)* ¿Qué pasa?

ANGELA.—*(Sentándole de un tirón.)* ¿Qué te importa a ti eso?

CAMINO.—No seas tonta, que esto es muy serio. Hay que cobrar una facturación.

ANGELA.—¡Ah! ¿Y el dinero para mí? *(Corre a la sala de espera; pero el señor Camino la contiene.)*

CAMINO.—¡Qué disparate!

ANGELA.—*(Resuelta.)* Pues yo no he venido a aburrirme. *(Natural.)* ¿Me dejas trastear ahí? *(Por el telégrafo.)*

CAMINO.—*(Interponiéndose.)* ¿En el telégrafo? ¡Si te ve el jefe! *(Siguen hablando en voz baja.)*

NAPOLEÓN.—*(A Martínez.)* Vuelva dentro de un ratito y ya se lo daré en condiciones. *(Empujándole hacia el andén.)*

MARTÍNEZ.—¡Está bien! ¡No faltaba más! *(Vase Martínez por el foro.)*

NAPOLEÓN.—Bueno; este baúl no vuelve a oír una malagueña en su vida. *(Napoleón entra el despacho.)*

CAMINO.—*(A Napoleón.)* Mi señora empeñada en que nos quedemos.

ANGELA.—¡Por ver la feria!

NAPOLEÓN.—*(Rápido.)* ¡Ah! Si es por eso, yo se la explicaré: aquí una caseta, aquí otra, aquí otra...

ANGELA.—Insiste tanto el dueño de la fonda... Si nos vamos le damos un disgusto.

NAPOLEÓN.—*(Aparte.)* El que se lo da soy yo.

CAMINO.—¿Usted piensa igual?

NAPOLEÓN.—Claro.

ANGELA.—*(Acercándosele, mimosa.)* Pero qué amables... *(Camino tose para llamarla la atención.)* Nos va a preparar una paella con no sé cuántos pollos.

NAPOLEÓN.—¿Eh?

CAMINO.—Eso está muy bien. Yo, en siendo volátil...

NAPOLEÓN.—¡No coman pollo, no!

ANGELA.—¿Por qué?

NAPOLEÓN.—Porque... aquí, en la estación, se alimentan de carbonilla.

CAMINO.—¡Bah! Voy a que les retuerzan el pescuezo. *(Se levanta.)*

NAPOLEÓN.—*(Aparte.)* ¡Qué tripas más negras! *(Mutis Camino. Napoleón va guardando los libros en su cajón.)*

ANGELA.—*(Por decir algo.)* Qué día más alegre, ¿verdad?

NAPOLEÓN.—*(Malhumorado.)* ¡Muy alegre, ya lo creo!

ANGELA.—Este despacho no es muy confortable. Pero usted está a gusto.

NAPOLEÓN.—¡Mucho! ¡Agustísimo!

ANGELA.—Falta aquí una mujer. Una mujer que le anime.

NAPOLEÓN.—¿A mí?

ANGELA.—Al despacho. Y a usted... *(Va, coqueta, a él.)* ¿Usted no ha pensado en que una mujer aquí?...

NAPOLEÓN.—¡Claro que lo he pensado!

ANGELA.—¿Pues qué espera? *(Mirándolo, muy animosa.)*

NAPOLEÓN.—Que me dejen.

ANGELA.—*(Acercándosele.)* Sólo en los pueblos se encuentra al hombre de alma virgen...

NAPOLEÓN.—¡Y mártir!

ANGELA.—*(Abriéndose el escote, pegada a él.)* Hace calor, ¿verdad?

NAPOLEÓN.—Estamos en la estación.

ANGELA.—En la mesa era usted otro. ¡Usted se ha rajao!

NAPOLEÓN.—*(Por el roto del guardapolvo.)* Sin querer.

ANGELA.—*(Volviendo a él.)* ¿Tiene usted novia?

NAPOLEÓN.—¡Qué voy a tener! ¡Si la oyen!

ANGELA.—¡Ay! ¡Si yo diera con un hombre, lo que se dice un hombre!...

NAPOLEÓN.—¿Y el ingeniero?

ANGELA.—Me da muy malos ratos.

NAPOLEÓN.—Y a mí.

ANGELA.—¡Y estoy más harta!... ¿Para qué quiere un hombre tener una mujer? Vamos a ver.

NAPOLEÓN.—Eso digo yo.

ANGELA.—Debía ser para darle gusto en todo y satisfacer sus caprichos... Porque si encima le va a exigir a una que esté siempre seria, que no mire una a nadie, que no la miren a una... *(Coloca una pierna sobre otra, balanceándola exageradamente. Napoleón, frente a ella, la observa.)* ¿Se hace usted cargo?

NAPOLEÓN.—¡Me hago cruces!... *(Por mirarla se le ha caído la gorra, y se la sujeta ahora con el barboquejo.)*

ANGELA.—¿Querría usted que le trasladaran?

NAPOLEÓN.—Y me trasladarán. ¡Pero en qué estado!

ANGELA.—Ascendiendo. No se preocupe, que ya habrá quien le traslade.

NAPOLEÓN.—La Cruz Roja.

ANGELA.—No pensará usted morirse aquí.

NAPOLEÓN.—Me voy haciendo a la idea.

ANGELA.—A la noche, cuando dejemos acostados al fondista y a su mujer, vamos a ir a la feria. *(Napoleón está aterrado.)* ¡Qué ordinaria es ella! ¿Verdad?

NAPOLEÓN.—Sí.

ANGELA.—Antes, ellos no me vieron. Disputaban, y ella le decía...

NAPOLEÓN.—¿Qué?... ¿Qué le decía?

ANGELA.—¡Que no era hombre!

NAPOLEÓN.—¿Cómo? ¿Y qué la importa?

ANGELA.—A mí, nada... A ella. Yo me divertía. El estaba algo alegre y forcejeaban y la registraba *(Señalando el interior del pecho.)* para quitarle el dinero...

NAPOLEÓN.—¡Ah, ladrón! *(Da un brinco y va a correr hacia la cantina; pero ella le detiene.)*

ANGELA.—¿Qué va a hacer? *(Lo sujeta.)*

NAPOLEÓN.—¡Ese es el bestia más grande que come pan! Y pan que no es suyo.

ANGELA.—Ni de usted.

NAPOLEÓN.—¡Sí, claro!

ANGELA.—¿Ella es la rica? ¡Qué asco de maridos!

NAPOLEÓN.—*(Haciéndose el distraído.)* ¡Ay! ¡Que se me cuela el mixto! *(Toca el pito.)*

ANGELA.—Pero ella debe ser insufrible: yo la oía decir que esta noche se acostaría sola y cerraría por dentro.

NAPOLEÓN.—*(Muy ufano.)* ¡Es la casta Susana!

ANGELA.—El contestaba que le daría una patada a la puerta.

NAPOLEÓN.—¡El que le va...! *(Corre hacia la fonda; pero ella le contiene.)*

ANGELA.—Pero... ¿qué le importa eso a la Compañía?

NAPOLEÓN.—Puede haber desperfectos.

ANGELA.—¡La mujer siempre acaba cediendo!

NAPOLEÓN.—¡Ay! ¡Que le tiro la campana a la cabeza! *(Entran* DOÑA MONTSERRAT, SOCORRO, *el* SEÑOR CAMINO, PELAYO *y* ALBINO.)

CAMINO.—*(A Angela María, por Pelayo.)* Este señor nos obliga a quedarnos con usted.

NAPOLEÓN.—*(Aparte.)* ¿Cómo?...

SOCORRO.—*(Aparte a Napoleón.)* ¿No se te ocurre na, hombre?

PELAYO.—Usted se queda aquí... *(A doña Montserrat.)* a

comé hoy con nosotros. *(Socorro ha ido junto a Napoleón, y, de vez en cuando, sin que los vean los otros, se cogen la mano y aún se besan.)*

MONTSERRAT.—¡Oh! Encantada.

SOCORRO.—*(A Napoleón.)* Mañana traspaso la fonda.

PELAYO.—*(A doña Montserrat.)* ¿Qué platos le gustan más?

ALBINO.—*(Aparte.)* Los abundantes.

MONTSERRAT.—No tengo antipatía por ninguno.

NAPOLEÓN.—No va a quedar qué traspasar. *(Pelayo separa a Socorro de Napoleón.)*

ALBINO.—¡Es usté mujé de buena boca!

MONTSERRAT.—¡La falta que le hace a usted un bocao!

ALBINO.—No lo sabe usté bien, maestra.

MONTSERRAT.—*(A Angela.)* Estos hombres siempre están así.

ANGELA.—No se aburrirá usted nunca. *(A Socorro.)* Y su marido no puede ser más cariñoso.

SOCORRO.—No, no puede ser. *(A Napoleón.)* No nos dejan.

PELAYO.—¡La quiero más! Delante de ustedes, claro, me da vergüenza; pero... si estas paredes hablaran...

SOCORRO.—¡Si hablaran!

ALBINO.—Y van a hablá... hasta en caló.

NAPOLEÓN.—*(A Camino.)* ¿Quieren ustedes que vayamos de excursión mientras éste prepara la comida?

ANGELA.—Sí, sí. *(A Camino.)* Tú no vengas, que te cansas... *(A Napoleón.)* ¿Adónde podemos ir?

SOCORRO.—Pues vamos...

PELAYO.—Tú te quedas conmigo... *(La abraza.)*

NAPOLEÓN.—*(Furibundo.)* ¡Qué es eso!...

ANGELA.—¡Es lo natural! ¡Déjelos!

CAMINO.—Allá ellos se entiendan.

NAPOLEÓN.—¿Cómo voy a dejar que se entiendan?

PELAYO.—Ustedes disimulen; pero es que pongo en ella los ojos y se me van las niñas de paseo y me se pierden! ¡Cómo hay por donde correr y distraerse un rato! *(La va a abrazar. Socorro le rechaza.)*

SOCORRO.—¡Quita!

ANGELA.—*(A Montserrat.)* ¡Qué arisca!

MONTSERRAT.—*(A Angela.)* ¡De pueblo! *(Entra Martínez, que se asoma por la ventanilla. Trae un enorme bastón.)*

MARTÍNEZ.—¡Eh, oiga! *(Mete el bastón por la ventanilla.)*

PELAYO.—*(A Napoleón.)* Atienda, atienda.

NAPOLEÓN.—*(A Martínez, de malos modos.)* ¿Qué pasa?

(Se asusta del bastón, lo coge del otro extremo y parece que entre los dos estén como aserrando el tabique.)

PELAYO.—Más educación.

SOCORRO.—¡Eso a la maestra! *(Camino atiende a estas palabras. Vase Albino hacia la fonda.)*

MARTÍNEZ.—*(A Napoleón.)* Vengo por el talón, pase lo que pase.

PELAYO.—¿Ha facturado usted algo?

MARTÍNEZ.—Sigue la guasa. He facturado botones, camisas, corbatas...

PELAYO.—Pues eso no sale de aquí.

MARTÍNEZ.—¡La última ves que hago esta plasa!

PELAYO.—*(Echándole un cigarro.)* Ahí va esa mosca y enseñe tó lo que lleve.

MARTÍNEZ.—*(Mirando el cigarro.)* ¡Ah! ¡Preciosidades, preciosidades!

PELAYO.—Pos tráigalas pa acá. ¡Vamos a ver esto!

MARTÍNEZ.—¡Que me ayude el mozo! *(Entra Albino con los vermouths en una bandeja sobre la cabeza.)*

NAPOLEÓN.—¡Albino! ¿Qué le dije yo?

ALBINO.—Lleva uno tantas cosas en la cabeza... *(Suelta la bandeja.)*

MARTÍNEZ.—¡Eh! ¿Me echa usté una mano? *(Al mozo.)*

ALBINO.—¡Va! *(Le ayuda a entrar el baúl.)*

ANGELA.—¡A ver, a ver!

MONTSERRAT.—Sí, sí; a ver. Si hay algo que...

SOCORRO.—¿Usted se ha propueso salir de aquí comía y vestía?

PELAYO.—¡Nos vamos a quedá con la tienda! *(Abren el baúl y todos miran lo que se supone va enseñando Martínez.)*

SOCORRO.—*(Bajo.)* Camisas de fuerza, ¿no lleva usté?

MARTÍNEZ.—Los artículos más ligeros van arriba. Los del fondo son más pesados... *(Suena el telégrafo, y Napoleón no hace caso.)*

SOCORRO.—*(Aterrada.)* ¡El telégrafo! *(Expectación en todos. Muy larga pausa. Todos abandonan el baúl.)*

CAMINO.—*(A Napoleón.)* ¿No oye usted?

NAPOLEÓN.—No... *(Mira por la ventanilla.)* No, nada. *(Sigue sonando.)*

CAMINO.—¿Cómo que no?

NAPOLEÓN.—¡Ya va! ¡Caray, qué prisa! *(No sabe qué hacer.)*

CAMINO.—Será la estación inmediata. *(Napoleón trastea con el aparato.)*

MONTSERRAT.—¿Qué irá a hacer?

SOCORRO.—¡Angel mío!

PELAYO.—¡Toma tripita! *(Por la cinta que sale de la rueda del telégrafo.)*

NAPOLEÓN.—Esto está que arde. *(Recibe una sacudida eléctrica. Y sigue trasteando)* ¡Ay!

SOCORRO.—¡Ay!

CAMINO.—¿Qué pasa?

NAPOLEÓN.—*(Aparte.)* Menos los telegramas... *(Cesa de repente.)* Ya está.

CAMINO.—*(Mirando la cinta, pero sin acercarse.)* Largo escribe.

NAPOLEÓN.—Es más latoso.

CAMINO.—¿Qué dice?

NAPOLEÓN.—Nada. Cosas suyas; yo lo entiendo muy bien. Está siempre de broma, y dice unas tonterías...

CAMINO.—¿Cómo tonterías?

ANGELA.—*(Mirando la cinta.)* Una raya...

NAPOLEÓN.—Que se ha peinado.

ANGELA.—Dos puntos...

NAPOLEÓN.—*(Por Pelayo y Albino.)* Esos. Les manda recuerdos.

CAMINO.—¡A ver! Telegrafíe ahora mismo lo que voy a dictarle. *(Muy indignado.)*

NAPOLEÓN.—En seguidita.

CAMINO.—*(Dictando.)* Inspector...

NAPOLEÓN.—¿Inspector? Un punto. *(Da un golpe.)*

CAMINO.—De la línea...

NAPOLEÓN.—Línea. Una raya. Ya está. *(En vista de que Camino, pensativo, no sigue dictando.)* ¡Ya está!

CAMINO.—¡No me chille!

NAPOLEÓN.—Es al de allá. ¡Ya está! *(Gritando al aparato.)*

CAMINO.—*(Dictando.)* Sorprendido que utilice telégrafo Estado...

ANGELA.—No muevas pata ahora.

CAMINO.—Calla. *(A Napoleón.)* Telégrafo Estado... ¿En qué estábamos?

NAPOLEÓN.—En estado.

CAMINO.—Siga. Para bromas pesadas...

NAPOLEÓN.—Se cree que es Carnaval. Ya ve, tirando serpentinas.

CAMINO.—Mañana pasaré girarle...

NAPOLEÓN.—¡Adiós, ahora giro telegráfico!

CAMINO.—Girarle visita inspección...

NAPOLEÓN.—En seguida. *(Manipula en el aparato.)* Bueno, al telegrafista de allí lo van a tener que llevar a Leganés. Y yo no telegrafiaré que este hombre va para allá; pero de allí sí van a decir que la Guardia civil viene para acá.

CAMINO.—Sólo me podré detener unos minutos.

NAPOLEÓN.—*(Como hablando con el telégrafo.)* ¡Qué suerte tienes, ladrón!

CAMINO.—Y aunque visita sea rápida...

NAPOLEÓN.—¿Rápida? *(Golpea aceleradamente.)*

CAMINO.—Prepárelo todo. *(Napoleón, al acabar, da un golpe.)* ¿Y ese golpe?

NAPOLEÓN.—Una i. Había olvidado el punto. *(Da otro golpe.)*

CAMINO.—¿Y ahora?

NAPOLEÓN.—Punto final. *(Respira satisfecho.)*

SOCORRO.—*(Respirando también satisfecha.)* ¡Ah!

MONTSERRAT.—*(A Martínez.)* Bueno, venga ya.

CAMINO.—Sí, corte la comunicación. *(Napoleón corta la cinta.)*

ANGELA.—¡A ver qué hay! *(Vuelven todos junto al baúl.)*

CAMINO.—*(A Napoleón.)* El caso es que he debido ir sin avisar... *(Napoleón va rápido al aparato y borra con la manga la cinta.)*

NAPOLEÓN.—¡Borrado! *(Albino y Pelayo se abocan sobre el baúl.)*

MARTÍNEZ.—Todo lo verán. Tengo yo más interés que ustedes. El viejo refrán "El buen paño en el arca se vende" es una idiotez. El buen paño no se vende en el arca ni en ninguna parte, porque no se fabrica. En Cataluña dicen: "El paño de Tarrasa hay que llevarlo a casa."

ALBINO.—*(Sacando unos calzoncillos del baúl.)* ¿Y esto que es de algodón?

PELAYO.—Traerlo a la estación. *(Ríen todos, menos Socorro y Napoleón.)*

MONTSERRAT.—Pero qué sombra tiene el condenado.

PELAYO.—Albino: cógelo todo y súbelo.

SOCORRO.—¡Pelayo!

PELAYO.—*(A Martínez.)* Acabao, venga osté a cobrar.

MONTSERRAT.—¿De señora no lleva nada?

MARTÍNEZ.—Cortes de blusas.

PELAYO.—¡Uno pa ca una!

SOCORRO y NAPOLEÓN.—¡¡No!!

PELAYO.—¡Uno pa ca una he dicho!

SOCORRO.—¡Antes me echo a la vía con una hoja de parra!

MARTÍNEZ.—*(Repartiendo blusas a las señoras.)* No discutir ahora. Vamos a lo que el amo ha dicho, que hay que respetarlo. *(Al dar la última blusa a Socorro ésta la coge y la arroja contra el telégrafo.)*

CAMINO.—¡En el telégrafo!

NAPOLEÓN.—¡No! *(Corre y la quita.)* Va a ser un pitorreo en toda la línea.

PELAYO.—Ya se la pondrá. ¡Arriba to eso! *(Entre Martínez y Albino llevan el baúl a la fonda.)*

ALBINO.—No debe tardar el tren...

ANGELA.—Pues al andén. Quiero ver los viajeros.

MONTSERRAT.—¡Y yo!

SOCORRO.—Poniéndose en la vía se ve venir mejor.

CAMINO.—Vamos... Vamos, señora. *(A Socorro.)* Esperaremos paseando. *(Todos van saliendo.)*

MONTSERRAT.—*(A Angela.)* Véngase, que yo me coloco siempre frente al sliping.

ANGELA.—¡A ver qué pasa!

MONTSERRAT.—*(Al mutis, suspirando.)* ¡No pasa nada! *(Salen todos y va a salir Pelayo el último.)*

NAPOLEÓN.—¡Aguarde! ¡No puedo más! *(Por la sala de espera entra* UNA CAMPESINA, *que golpea repetidamente la ventanilla. Esta está cerrada.)*

PELAYO.—Que llaman. Despache, que el tren va a venir.

NAPOLEÓN.—*(Furioso.)* Que venga y que descarrile o se suba por las paredes... Me es igual. ¡Tóo me es igual! Ahora mismo, pero ahora mismito uno de los dos se va pa siempre... Y yo no me voy... Conque...

PELAYO.—¡Ja, ja, ja, jay!... Quítate la gorra, que se te ha recalentao eso que llevas debajo.

NAPOLEÓN.—A mí lo que se me están calentando son los cascos...

PELAYO.—¿Los cuatro?

NAPOLEÓN.—Los cuatro segundos que te doy para salir por esa puerta, aprovéchalos, porque... me siento capaz... de quitarte ese disfraz con el alma que tuvieres. *(Declamando al final con latiguillo.)*

PELAYO.—¿A mí?

NAPOLEÓN.—¡Y a Zorrilla! *(Rehaciéndose.)* Esto hay que ventilarlo ahora mismo.

PELAYO.—Abre lo que quieras.

NAPOLEÓN.—*(Ya loco.)* A tí en canal.

PELAYO.—¡Bueno, el que acaba esto soy yo! *(Se miran. Parece que van a encontrarse. Napoleón ha quedado junto al telégrafo, de espaldas a éste. Vuelve la cara. Pelayo aprovecha este instante para echarle los brazos al cuello a Napoleón, y luchan. Ha repetido varias veces la llamada La Campesina.)*

CAMINO.—*(Entra por el foro.)* ¿Pero no oye usted que llaman?... ¿Qué hacen? ¿Está usted en la luna?

NAPOLEÓN.—¡En la de miel! ¡Y qué luna! *(Haciendo por desasirse.)* Este, que tiene unas bromas... *(Disimulando. Al separarse, Pelayo le da un puñetazo a Napoleón, a traición y sin que le vean, resintiéndose del golpe.)* ¡Ladrón!

CAMINO.—¡Despache! ¡Despache!

NAPOLEÓN.—Eso quería, despachar a éste.

CAMINO.—¡Vamos, Pelayo! *(Mutis foro.)*

CAMPESINA.—Un billete.

PELAYO.—Esto no queda así. *(Todo muy rápido.)*

NAPOLEÓN.—No.

PELAYO.—Necesito tu nuez.

NAPOLEÓN.—En el comedor.

PELAYO.—¿Cuándo?

NAPOLEÓN.—Luego.

PELAYO.—¿Dónde?

NAPOLEÓN.—Fuera.

PELAYO.—¿Para matarnos?

NAPOLEÓN.—Para matarte.

PELAYO.—A las diez.

NAPOLEÓN.—Sí.

PELAYO.—Junto a la aguja.

NAPOLEÓN.—¡Cosiendo!

PELAYO.—¿Cómo?

NAPOLEÓN.—¡Corriendo!

PELAYO.—¡Ah!

NAPOLEÓN.—¿Conque a las diez?

PELAYO.—*(Al mutis.)* Allí estaré. *(Se va.)*

CAMPESINA.—¡Un billete!

NAPOLEÓN.—¿Para...?

CAMPESINA.—Para Dos Hermanas

NAPOLEÓN.—Ahí van. *(Le da dos cartoncitos.)*

CAMPESINA.—Soy yo sola.

TODOS.—*(Volviéndose.)* ¡No saben lo que piden!

CAMPESINA.—Cobre.

NAPOLEÓN.—¿Cuánto?

CAMPESINA.—Lo que vale.

NAPOLEÓN.—Toma. *(Le da monedas. Tras de La Campesina se sitúa* UN TORERILLO *y algunos viajeros.)*

CAMPESINA.—¿Sobra todo esto?

NAPOLEÓN.—Todo eso, y usted también... Largo. *(Aparte.)* Aquí ha comido todo el mundo menos yo... *(A los de la cola.)* Esperar un momento. *(Cierra la ventanilla.)*

TORERILLO.—*(El Torerillo se adelanta e imita unas verónicas y muy serio vuelve a la cola.)* ¡Callarse!

TODOS.—¡Oolé! *(Van formando la cola, sucesivamente,* UN LABRIEGO, UNA GITANA *y tres o cuatro más, hombres y mujeres. Está abierta la puerta del andén, por donde se ve pasear, charlando y riendo, a todos los personajes de la obra que no están en primer término. Napoleón sale corriendo y vuelve comiendo pan y queso y con una botella en un bolsillo, de la que bebe. No para de comer y de beber mientras despacha.)*

GITANA.—¿Pero se ha ido el tío ése? *(Al Torerillo.)* ¡Llame usté, hombre!

TORERILLO.—Ya abre. *(El Torerillo golpea.)*

NAPOLEÓN.—*(Sin abrir.)* ¿Quién es?

TORERILLO.—¡Ze... zevidó!

NAPOLEÓN.—No están los señores.

TORERILLO.—*(Golpeando.)* ¡Abra osté, amigo!

NAPOLEÓN.—¡¡Hombre, un amigo! *(Abre.)* ¡Qué éxito de taquilla!

TORERILLO.—Dos medios pa Huerva.

NAPOLEÓN.—No se admiten maletas. ¡Caramba, don Juanete, usted por aquí!

DON JUAN.—Al llegar a casa me encontré un telegrama, y voy a recoger una partida de bacalao.

NAPOLEÓN.—¿Y va usted a Escocia?

DON JUAN.—Ca, hombre. Ahí, al empalme. Deme un tercera.

NAPOLEÓN.—¿Un tercera usted? Con lo que yo le quiero. Tenga. *(Le da un puñado de billetes.)*

DON JUAN.—¿Pero qué es esto?

NAPOLEÓN.—Chit... Calle. Tengo yo gusto en que no pague usted el tren en un mes. Y en cuanto encuentre los de libre circulación le mando uno a su señora.

TORERILLO.—A ver si va a poder zer.

NAPOLEÓN.—*(Al Torerillo.)* Tú te callas. Aquí el señor tiene más prisa, que se pudre el bacalao.

DON JUAN.—Bueno, voy a coger el tren.

NAPOLEÓN.—Sí, hombre, cójalo y amárrelo, y no le deje venir. *(Vase don Juan.)*

TORERILLO.—Venga, que quiero dir en el correo. ¡Dos medios pa Huerva!

NAPOLEÓN.—Ahí van. *(Rompe un billete. Le da los dos pedazos y toma el dinero.)* ¡Está bien!

TORERILLO.—Zobra una pezeta.

NAPOLEÓN.—¡Otro!

TORERILLO.—¿Pero y la vuelta?

NAPOLEÓN.—No se dan vueltas.

TORERILLO.—Esto no me ha pasao nunca.

NAPOLEÓN.—Alguna vez te había de pasar. Gente más rutinaria...

TORERILLO.—Pero...

NAPOLEÓN.—¡Trae el billete si no!

TORERILLO.—*(A la que sigue.)* ¡Arza, tú! *(Vase huyendo.)*

VIAJERA.—Un segunda para La Flamenca.

NAPOLEÓN.—¿Tuvo usted abuela?

VIAJERA.—Este es para Sevilla.

NAPOLEÓN.—Usted baja donde quiera.

VIAJERA.—Yo voy a mi pueblo.

NAPOLEÓN.—¡Cuánto mejor lo pasaría usted en Sevilla!

VIAJERA.—¡Y es primera!

NAPOLEÓN.—Es igual. Los estoy liquidando por exceso de existencias. ¡Mire cuántos me quedan!

VIAJERA.—Pues tome. *(Le da un billete.)*

NAPOLEÓN.—*(Guardándoselo.)* Gracias.

VIAJERA.—Deme la vuelta.

NAPOLEÓN.—¡Qué afán en la vuelta! Como si este pueblo fuera un paraíso. Vaya. *(Le devuelve algún dinero.)*

VIAJERA.—*(Contenta de ver que le da demás.)* ¡Gracias! *(Vase corriendo. Se oye pitar el tren.)*

NAPOLEÓN.—¡Mi madre! *(Se estremece.)* ¡Y no descarrila!

CAMPESINO.—Oiga, amigo, ¿cómo podría yo ir antes a Ocaña?

NAPOLEÓN.—Llevándose el dinero.

CAMPESINO.—Es que tengo que está allí mañana.

NAPOLEÓN.—¡Si se espera usted, vamos los dos!

CAMPESINO.—Bueno, uno pa este tren. ¡Ahí van las veintidós pesetas! *(Se las guarda en un bolsillo.)*

NAPOLEÓN.—¡Capicúa!

GITANA.—Yo voy con mi churumbé a Córdoba.

NAPOLEÓN.—*(Dándole dos billetes.)* ¡A Córdoba!

GITANA.—¡Pero ojitos de enamorao, si mi niño no paga!

NAPOLEÓN.—Así tienes pa otra.

GITANA.—Soy un año casá y no tengo más que ésta.

NAPOLEÓN.—Te sirve pa el año que viene.

GITANA.—Lo que a mí me pasa no le pasa a nadie.

NAPOLEÓN.—No presumas, que lo que a mí me pasa es para una catalepsia.

GITANA.—¿Cuánto es?

NAPOLEÓN.—Te los regalo.

GITANA.—¡Guasón! ¿Y estos números?

NAPOLEÓN.—Es que rifamos un Citroën. Anda, anda.

GITANA.—¡Resalao! ¿Quieres que te la diga?

NAPOLEÓN.—¡Si me la dices anteayer, lo que hubieras ahorrao!

GITANA.—Así te hagan emperaor der tren y... *(Suena el pito cerca y el telégrafo.)* ¡Vamos, chiquilla, que este tío está loco! *(Napoleón va a cerrar la taquilla.)*

CAZADOR.—*(Que al asomar por la ventanilla, y sin proponérselo, mete los cañones de la escopeta que lleva a la espalda.)* ¡Oiga!

NAPOLEÓN.—*(Se vuelve y se asusta de los cañones.)* ¡Eh! ¡Esto me faltaba!

CAZADOR.—Valdepeñas.

NAPOLEÓN.—Eso en la cantina...

CAZADOR.—Un tercera pa mí y otro pa el perro.

NAPOLEÓN.—¿Para el perro? *(Busca entre los billetes.)* No veo más que primera. Atelo usted a un tope.

CAZADOR.—¡Cómo! Deme, deme ida y vuelta.

NAPOLEÓN.—¿Va usted a volver? ¿A qué se va entonces?

CAZADOR.—¡Que tengo mucha prisa!

NAPOLEÓN.—Para eso, al "Conde de Zeppelín".

CAZADOR.—*(Echando mano a la escopeta.)* ¿Guasas a mí?

NAPOLEÓN.—¡Ay, que se dispara! *(Los de la cola sujetan al cazador. Napoleón cierra la taquilla.)*

CAMPESINO.—*(Llegando jadeante.)* Dos pa Pedro Abad.

NAPOLEÓN.—*(Abriendo.)* ¡Ni pa don Pedro el Crué!

CAMPESINO.—*(Llamando fuerte.)* Deme dos de tercera pa Pedro Abad.

NAPOLEÓN.—Se me han acabado. *(Cierra. Golpea el viajero. Suena el pito, el telégrafo, la campana. Va al telégrafo y empieza a manipular febrilmente. Se oyen voces, gritos de la cola, que protesta. Campanas. El tren llega por el foro. Enorme movimiento escénico.)*

CAMPESINO.—¡¡Dos tercera pa Pedro Abad!! ¡¡Dos ter-

cera pa Pedro Abad!! *(Encaramándose en el trasto que divide la escena. Sigue gritando y protestando con los demás.)*

CAMINO.— *(Entrando.)* ¿Qué hace usted? Está ahí el tren.

NAPOLEÓN.—¿Y qué?

ALBINO y PELAYO.—¡El tren, el tren!

VOZ.—*(Dentro.)* ¡Santa Elena..., un minuto!

(Napoleón sigue manipulando en el telégrafo como un loco.)

CAMPESINO.—¡Ay, que se me va!

CAMINO.—*(Cogiendo a Napoleón.)* ¿Está usted loco?

ALBINO.—¡Loco!

PELAYO.—¡Ibas a bailá tú poco! (SOCORRO, MONTSERRAT, ANGELA, CHUCHÍN *y* CAYITO, *entran.)*

SOCORRO.—¿Qué le pasa?

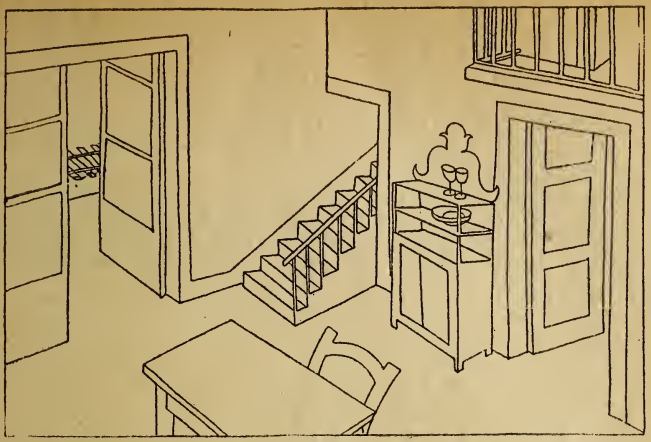
PELAYO.—*(Cogiéndole la botella del bolsillo.)* ¡Lo de siempre! ¡Borracho perdío!

SOCORRO.—¡Mentira! *(Amenazando a Pelayo.)*

ALBINO.—*(Dentro.)* ¡Señores viajeros, al tren! *(Napoleón ha caído como muerto sobre el telégrafo, y en medio de la algarabía y estupefacción cae el*

TELON RAPIDISIMO

NOTA.—*Puede hacerse el final del acto pasando y parando frente al andén un "trasto" que figure una locomotora con los faros encendidos; pero pueden también figurarse todos los ruidos de la llegada del tren, sin que sea preciso que aparezca.*



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Es de noche. Napoleón duerme echado de bruces sobre una mesa. Da fuertes sacudidas nerviosas. Habla entre sueños agitadamente.

NAPOLEÓN.—¡La aguja! ¡Ay, ay, ay, ay! A Pelayo, que lo pongan de traviesa en la vía. Oiga, maquinista, échele carbón, a ver si lo hace cisco. *(Sigue soñando. Bajan* CAMINO *y* PELAYO. *Este padece un fuerte ataque de hipo.)*

CAMINO.—*(A Pelayo.)* Le he llamado a usted aquí para permitirme un consejo.

PELAYO.—Hip, hip... Usté perdone, pero este hipo...

CAMINO.—Eso es del estómago. Yo también padezco. ¿Tiene usted ahí bicarbonato?

PELAYO.—Hip. Sí debe haber. Hip.

CAMINO.—Pues tráigalo. Y dos vasos de agua.

(Pelayo va al mostrador y trae un bote grande de bicarbonato. Camino echa una gran cantidad en los vasos. Napoleón despierta.)

NAPOLEÓN.—¡Ah!, ¿ustedes?

CAMINO.—¿Está mejor?

NAPOLEÓN.—Sí; ya...

PELAYO.—Me alegro verle güeno.

NAPOLEÓN.—Pero tenía una pesadilla...

CAMINO.—Eso es igualmente del estómago. Tome y se descongestionará. *(Le da el vaso.)*

NAPOLEÓN.—Gracias. *(Aparte.)* Hoy no me descongestiono yo ni bebiéndome a Gayoso.

PELAYO.—Hip.

CAMINO.—*(Dando a Pelayo el otro vaso.)* Beba. *(El se prepara un tercer vaso.)* Pues el consejo es que esas pesetas no debe usted tenerlas en casa, a merced de cualquier ladronzuelo.

NAPOLEÓN.—*(Contagiado del hipo.)* ¡Hip, hip!

PELAYO.—¡Hip!

CAMINO.—¿Aún?

PELAYO.—Yo, es que tengo aquí como la caldera de una locomotora. *(Se toca en el estómago.)*

NAPOLEÓN.—Yo tengo aquí sentado el tren completo.

CAMINO.—Antes eran unos beneficios inseguros; pero hoy, que contamos con un personal competente que mira por los intereses de la Compañía... *(Napoleón y Pelayo se atragantan y espurrean el agua sobre el señor Camino.)* Estos ferrocarriles son un gran negocio.

NAPOLEÓN.—Como éstos, ninguno.

CAMINO.—Vea usted, Pelayo, a cómo están mañana las acciones.

PELAYO.—Sí, sí.

NAPOLEÓN.—*(Aparte.)* Mañana venden las acciones por las calles, como el *Heraldo*.

PELAYO.—Bueno, y eso, ¿qué me va a produsir?

NAPOLEÓN.—*(Aparte.)* ¡Le va a producir la fractura del cráneo! ¡Ya verá!

CAMINO.—Haremos los cálculos.

PELAYO.—Pos si no manda osté na, voy pa arriba, que en er día de hoy no debo dejar a mi mujer sola. *(Camino asiente.)* La pobre... En fin, ya va siendo tarde. *(Inicia el mutis.)*

NAPOLEÓN.—Tarde, ¿para qué?

PELAYO.—*(A Napoleón.)* Osté no se preocupe, que habrá pa toos.

NAPOLEÓN.—¿Pa toos?

PELAYO.—Osté pué seguir aquí de huéspe, pa comer. Dormir, fuera.

NAPOLEÓN.—¡Ah, no! ¡Todo comprendido!

PELAYO.—*(Despectivamente.)* Sí, sí. Ea, pos con Dios. *(Napoleón tose queriéndole llamar la atención, pero Pelayo, contoneándose, va hacia la escalera.)* Hasta luego... o hasta mañana. Ja, ja, ja; hip, hip. *(Desaparece por la escalera.)*

CAMINO.—Buenas noches. *(Napoleón corre a seguir a Pelayo, pero Camino le contiene.)* ¿Dónde va usted?

NAPOLEÓN.—A... a...

CAMINO.—Venga, venga que hablemos. Le he aconsejado bien, ¿verdad? Ya sabe usted cómo va hoy la Compañía.

NAPOLEÓN.—¿Hoy? ¿Cómo va hoy?

CAMINO.—Por lo que pasa en esta estación puede usted juzgar.

NAPOLEÓN.—Lo que pasa en esta estación no crea usted que es muy corriente.

CAMINO.—¿Qué ha entrado hoy aquí?

NAPOLEÓN.—El tifus.

CAMINO.—¿Cómo?

NAPOLEÓN.—¡Ah! Creí que estaba en el teatro. Pues... lo que ha entrado hoy aquí... *(Señalando al despacho.)* Ahí está la cuenta.

CAMINO.—Tráigala.

NAPOLEÓN.—Hoy no hay cuenta.

CAMINO.—¿Eh?

NAPOLEÓN.—*(Va a ir, titubea y se arrepiente.)* No hace falta. ¿Pa qué? ¿Pa qué?

CAMINO.—¿Cómo que para qué?

NAPOLEÓN.—Si lo sabré yo. Hoy han entrado... Como en este pueblo todos se van en el mixto, porque lleva tercera... ¿No ha visto usted qué aspecto de viajeros?

CAMINO.—¿Y en el correo?

NAPOLEÓN.—Tienen otro sello.

CAMINO.—¿Cuántos billetes ha despachado usted?

NAPOLEÓN.—*(Pensándolo.)* Pues..., uno para la chula, dos para sus hermanas, un chato de Valdepeñas... Para Escocia, que he despachado al por mayor... A Pedro Abad, que lo despaché con cajas destempladas... Hoy han entrado doscientas cincuenta y tres pesetas con cinco céntimos.

CAMINO.—¿Cinco céntimos?

NAPOLEÓN.—La perra del cazador. Yo soy amigo de la exactitud.

CAMINO.—Vamos a enterar a Pelayo, y... *(Yendo hacia la escalera.)* ya liquidaremos.

NAPOLEÓN.—Yo liquido antes. *(Vanse los dos por la escalera. Pausa. Aparecen por el foro los señores* LARGO *y* VARGAS. *Son dos empleados ferroviarios, de aspecto precavido y misterioso. Después de mirar alrededor y convencerse de que nadie les observa, entran. Llevan un pequeño maletín.)*

LARGO.—Nada de dos barajas.

VARGAS.—Por eso se le plantea primero el dilema.

LARGO.—Situaciones claras, si ha de triunfar el movimiento.

VARGAS.—Quítate de la puerta, no te vean.

LARGO.—Qué sabe nadie.

(Vuelve Napoleón por la escalera.)

NAPOLEÓN.—Yo no puedo estar bien de los nervios mientras la vía pase por este pueblo. Y la señora del ingeniero la ha tomado conmigo... No sabe lo difícil que es el amor en esta estación.

LARGO.—*(Adelantándose.)* Buenas noches. Usted perdone. Somos ferroviarios, compañeros de usted.

NAPOLEÓN.—¿Míos? ¡Ah, sí, claro!

LARGO.—A mí ya me habrá usted oído nombrar.

NAPOLEÓN.—¿Sí?

LARGO.—Yo soy Largo...

NAPOLEÓN.—*(Saludándole.)* Caballero...

LARGO.—¿Cómo está usted? *(Se dan la mano.)*

NAPOLEÓN.—Bien.

LARGO.—¿Y su familia?

NAPOLEÓN.—Bien. ¿Y la suya?

LARGO.—Bien. *(A cada frase se han sacudido la mano fuertemente y al acabar se han sentado.)* Y ahora le presento a usted a nuestro compañero Vargas. *(Se levanta éste y seguidamente Napoleón.)*

VARGAS.—Mucho gusto.

NAPOLEÓN.—Y yo; ya lo creo. *(Napoleón le da la mano izquierda, porque la derecha se la inutilizó en las sacudidas del saludo anterior.)*

VARGAS.—¿Cómo está usted?

NAPOLEÓN.—Bien.

VARGAS.—¿Y su familia?

(Napoleón se sienta.)

NAPOLEÓN.—*(Levantándose nuevamente.)* Creí que ya lo había usted oído.

VARGAS.—Bien todos, ¿verdad?

NAPOLEÓN.—*(Asintiendo.)* Este pueblo es muy sano...

LARGO.—Lo celebramos.

NAPOLEÓN.—¡Hum!... A veces una epidemia, una tempestad o un terremotito serían de una oportunidad terapéutica. Bueno, el Norte, donde caen esas nevadas que interceptan la vía y no pasan los trenes en un mes...

LARGO.—Pues yo creía que aquí...

NAPOLEÓN.—*(Despectivo.)* Aquí no cae un rayo. ¿De modo que ustedes son jefes de estación?

LARGO.—Aquí el compañero. Yo soy factor; factor en la frontera.

NAPOLEÓN.—Es usted un factor muy importante, ya lo creo.

VARGAS.—*(A Napoleón.)* Parecía que hablaba usted como amargado.

NAPOLEÓN.—Si pagara almacenaje el *stock* de bilis que estoy acumulando...

LARGO.—De eso venimos a hablarle.

NAPOLEÓN.—¿Ustedes saben...?

LARGO.—Es el problema de todos los compañeros con destino en los pueblos. Pocas comodidades tendrá usted aquí.

NAPOLEÓN.—*(Levantándose.)* ¿Comodidades? ¡Ay, no me hable! *(Le indican que se siente y no se intranquilice. Napoleón se sienta.)* Repartir esos billetes a capricho de los viajeros, y los de este pueblo que se empeañn en ir a los sitios más absurdos.

LARGO.—¿Qué dice usted?

NAPOLEÓN.—*(Levantándose.)* ¡Ha habido viajero que me ha pedido ir a presidio! Como la báscula, que se le echa un baúl y luego tiene usted que correr la pesa y hacer números y números. No es la báscula quien pesa; es uno... ¡Y el telégrafo! ¡Lo acharao que me tiene a mí ese aparatito!... *(Se sienta.)*

LARGO.—No le vaya a usted a pasar lo que al jefe de la estación de al lado, que estaba hoy recibiendo un telegrama, y mientras lo descifraba, gritó de pronto: "¡Estoy loco, estoy loco!" Cayó de bruces y murió de una congestión.

NAPOLEÓN.—*(Aparte.)* ¡Ay, que soy un asesino!

LARGO.—No se preocupe, que a eso venimos. A acabar con esta situación.

NAPOLEÓN.—No me lo hará usted bueno. *(Se limpia el sudor.)*

LARGO.—Repasemos las concesiones que hace la Compa-

ñía a cambio de los servicios de usted: ¿Qué tal la habitación?

NAPOLEÓN.—¿Cuál? ¿La de mi mujer?

LARGO.—De los dos.

NAPOLEÓN.—¡Como no se lo pregunte usted a Pelayo!...

LARGO.—¿A quién?

NAPOLEÓN.—Al marido de mi mujer. *(Largo queda confuso.)*

VARGAS.—¡Hablamos de la vivienda!

NAPOLEÓN.—Eso sería lo de menos.

LARGO.—Luego, el vestirse...

VARGAS.—No le alcanza.

NAPOLEÓN.—*(Por el guardapolvo, que le está pequeño.)* ¡Qué me va a alcanzar!

LARGO.—Muy bien. Pues, ante todo, es preciso que en esta entrevista hablemos, olvidando usted que es hoy un subordinado de la Compañía.

NAPOLEÓN.—Eso no. ¡Esto no lo olvido yo en la vida!

VARGAS.—A todos nos han tomado el pelo.

NAPOLEÓN.—Como a mí, ¡a ninguno!

LARGO.—Se han burlado de nuestras peticiones. Porque, ¿usted sabe lo que le pide el Cuerpo al director?

NAPOLEÓN.—Lo que a cualquiera.

LARGO.—Primero, que se electrifiquen los ferrocarriles.

NAPOLEÓN.—Y al ingeniero, ¡que lo electrocuten!

VARGAS.—Que los trenes pasen al Estado.

NAPOLEÓN.—*(Muy conforme.)* Y que no pasen por aquí. ¿No creéis que poniendo una barrera en la estación de Atocha...?

LARGO.—Ciertos trenes, sí, señor. Así se evitarían catástrofes como la del año pasado, en la que tan mal premiaron el heroísmo de todos.

VARGAS.—¿Usted tiene alguna cruz? *(Napoleón, sin palabras, da a entender que enorme.)* Enhorabuena.

NAPOLEÓN.—*(Aparte.)* Bueno; este choteo me faltaba.

LARGO.—Pues... compañero. *(Campanudo, después de mirar alrededor y bajando la voz para producir mayor impresión.)* ¡Vamos a la huelga!

NAPOLEÓN.—*(En voz baja y cavernosa.)* ¡Aaaah!... *(Vargas tose prolongadamente, como haciendo el contrapunto de la exclamación de Largo.)*

LARGO.—¿Conforme?

NAPOLEÓN.—¿Cuándo no he estado yo conforme con eso?

LARGO.—La cosa va a ser a todo meter.

NAPOLEÓN.—¿Y qué sacamos?

LARGO.—Por lo pronto, unión, compañerismo.

VARGAS.—Como hermanos.

NAPOLEÓN.—Así os interesaba la familia.

LARGO.—Lo mismo sea dar la orden, usted no despacha más un billete.

NAPOLEÓN.—Desde luego. *(Levantándose.)*

LARGO.—O, en todo caso, se equivoca usted.

NAPOLEÓN.—¿Qué me dice? Mi especialidad. *(Abrazándolo.)* ¡Me piden ustedes unas cosas!

LARGO.—¡Ni vuelve usted a facturar nada!

NAPOLEÓN.—¡Nada! ¡Cómo venga el viajante malagueño!... Ahora sí que lo mando al Palo.

LARGO.—Y para que no utilice nadie el telégrafo, le da usted dos patadas.

NAPOLEÓN.—Ahora mismo. ¡Vaya por Zamora! *(Sale corriendo; pero le retienen Largo y Vargas.)*

VARGAS.—¡Aún no, que tiene que servirnos!

LARGO.—No se exalte. Nos basta ver que es usted el temperamento que buscábamos.

VARGAS.—*(A Largo.)* No siempre se encuentra un hombre dispuesto a jugarse el destino.

NAPOLEÓN.—A cara o cruz. ¡Y deseando perderlo!

VARGAS.—*(A Largo.)* Este será un héroe.

NAPOLEÓN.—*(En actitud heroica.)* ¡Por la gloria de mi tocayo, que lo estoy siendo!

VARGAS.—¡Bravo, bravo! *(Se abrazan los tres.)*

LARGO.—En triunfando... *(Mira alrededor.)*

NAPOLEÓN.—¿Qué?

LARGO.—No podemos ofrecerle ninguna estación de Madrid, porque están todas comprometidas.

VARGAS.—No importa.

LARGO.—Pues una para él. Y al que le pique...

NAPOLEÓN.—¡Ah, sí! La de "Las Pulgas".

LARGO.—Le dejaremos algunos manifiestos para que los reparta secretamente. *(Le da unas hojas, que Napoleón se guarda.)* Para estos pequeños gastos, vamos cotizando. ¿Tendrá usted ahí cinco duros?

NAPOLEÓN.—Aquí, precisamente, no, señor.

VARGAS.—¿Y en casa?

NAPOLEÓN.—Todos bien. *(Aparte.)* Pero qué cariño a la familia.

LARGO.—Es igual. Como hemos de volver... *(Entra por el foro Albino. Trae un gran cartel de toros, que coloca.)*

ALBINO.—Voy a colgar esto.

NAPOLEÓN.—¿Qué es eso?

ALBINO.—Trenes especiales pa los toros de Huerva.

NAPOLEÓN.—*(Dejándose caer en la silla.)* ¡La puntilla! *(Albino coloca el cartel y se va. Hace como que oye ruido en el despacho.)*

VARGAS.—Bueno, pues...

NAPOLEÓN.—¡Calle! *(Levantándose.)*

LARGO.—¿Qué?

NAPOLEÓN.—*(Mirando al despacho.)* ¡Ah!

VARGAS.—¿Vámonos?

LARGO.—Pues lo dicho... *(Al mutis.)* Téngame por su mejor amigo.

VARGAS.—Mán aún: su hermano. *(Dándose las manos.)*

NAPOLEÓN.—Su primo. *(Vánse a toda prisa por el foro Largo y Vargas. Los despide Napoleón y vuelve mientras bajan* ANGELA *y* SOCORRO.)

SOCORRO.—¡Napo!... *(Napoleón, rapidísimo, hace señas a Socorro, cuidando de que no las vea Angela, y dándola a entender que aguarde y calle. Entra en el despacho.)*

SOCORRO.—¿Adónde irá?

ANGELA.—¿Se marcha el jefe?

SOCORRO.—Por lo visto.

ANGELA.—Es un hombre muy original.

SOCORRO.—¿Usted cree?

ANGELA.—Por cierto que quisiera hablar con él un rato.

SOCORRO.—¡Y yo!

ANGELA.—El ingeniero dice que no es lo que parece.

SOCORRO.—¡Aquí no es nadie lo que parece!

ANGELA.—Una sorda que, por lo visto, lo conoce, ha contado que Napoleón ama en silencio.

SOCORRO.—¿Y cómo se ha enterado la sorda?

ANGELA.—*(Ríe.)* Debe ser un punto...

SOCORRO.—¡Ay! ¡Tengo un nudo, y como me desate!...

ANGELA.—Pero a usted, ¿qué más le da? Y no grite, no vaya a venir el ingeniero.

SOCORRO.—¿Qué me importa a mí el ingeniero?

ANGELA.—Ni a mí; pero... le voy a hacer a usted una confidencia. Le he gustado al jefe.

SOCORRO.—¿Al jefe?

ANGELA.—Sí, a Napoleón.

SOCORRO.—¡No! ¡Ay, que no puedo más!

ANGELA.—¡Huy, huy, huy!... A usted también le gusta.

SOCORRO.—¡Ca! ¡No es eso! Es que hoy estoy yo que no sé lo que hago.

ANGELA.—Pues sí; no para de castigarme.

SOCORRO.—¡Qué verdugo! *(Por el despacho aparece Napoleón. Viene contento.)*

NAPOLEÓN.—¡Qué feliz soy, qué feliz soy!...

SOCORRO.—Ya sé, ya...

NAPOLEÓN.—*(Tirándola una serpentina que trae del telégrafo.)* Tonta, que eres más tonta que el ingeniero. *(Angela y Napoleón ríen.)*

SOCORRO.—*(Por la serpentina.)* ¿Pero qué es eso?

NAPOLEÓN.—Ya es igual. Tú no sabes lo que ha venido. Y lo que va a venir. Va a haber huelga. Ya no habrá servidores. ¡Todos amos! *(Da una vuelta jacarandosa y se va al despacho.)*

ANGELA.—Es muy simpático... A mí me ha interesado. Cuando estábamos almorzando y me hacía señas con el pie por debajo de la mesa...

SOCORRO.—Pero... ¿le hacía a usted... por debajo de la mesa?...

ANGELA.—¡Digo! Luego, luego le contaré.

SOCORRO.—¡No, no; ahora mismo! Si me divierte mucho. ¿Qué hacía, qué hacía?

ANGELA.—Me recordaba una película que vi una vez, graciosísima: un matrimonio que convidaba a una amiga a comer, y por debajo del mantel la amiga y el marido se entendían; pero ¡de qué modo! Era un idilio... pedestre; pero que no dejaba lugar a dudas.

SOCORRO.—¿Y dice usted que Napoleón y usted?...

ANGELA.—¡Como en la película! ¡No me vaya usted a descubrir! El ingeniero es capaz hasta de pegarme. Es un oso.

SOCORRO.—Ya, ya; pues descuide, que, por mí, no la pega. *(Aparte.)* La pego yo misma... Y ¿cómo es eso de con los pies?...

ANGELA.—Napoleón, ahí donde le ve usted, habla con ellos a golpes.

SOCORRO.—Es una codorniz.

ANGELA.—A mí, primero me tocó así, ligeramente, como una tímida llamada. Y cuando notó que yo... Vamos, que yo...

SOCORRO.—¡Sí! ¡Qué usted aguantaba!

ANGELA.—Juntó todo su pie al mío y le movió... así..., más

rápidamente, como pidiendo comunicación.. Sintonizamos y... graciosísimo.

SOCORRO.—Graciosísimo. ¿Y comunicó?

ANGELA.—Ya le he dicho a usted que me es muy simpático.

SOCORRO.—¿Sí, verdad? ¿Y no temía usted que la estropesase el tafilete?

ANGELA.—No. Porque es muy correcto.

SOCORRO.—¡Mucho!

ANGELA.—¿A usted, nunca?...

SOCORRO.—¿A mí? ¿Por qué no? ¡Cómo a cualquiera! No es el primero que también me ha hecho así. *(Va como a darle una patada disimulada a Angela, pero ésta se aparta.)*

ANGELA.—¿Cómo, cómo?

SOCORRO.—Así, así. *(Repite el juego.)*

ANGELA.—¡Ah, ya! Le pedía un duro para tabaco.

SOCORRO.—¿A mí?

ANGELA.—No conoce usted a los hombres.

SOCORRO.—No me he casado más que con tres...

ANGELA.—Está usted nerviosa.

SOCORRO.—¡Cómo si me estuvieran pisando!

ANGELA.—Bueno. Ya que lo sabe usted todo, yo quisiera que me ayudase a tener una entrevista con Napoleón.

SOCORRO.—¿Yo?

ANGELA.—Estoy interesada. Es una aventura nueva para mí. ¿Quiere usted hablarle?

SOCORRO.—¡Claro que le hablaré! ¡Y algo más!

ANGELA.—¡Qué no se entere nadie!

SOCORRO.—¡Nadie! ¡No se va a enterar nadie! ¡¡Casi nadie!!

CAMINO.—*(Desde arriba.)* Sube, Angela.

MONTSERRAT.—*(Desde arriba.)* Suba, suba, que estamos arreglando esto para luego.

SOCORRO.—¿Para luego?

ANGELA.—Voy.

SOCORRO.—Pero... ¿qué dice usted, mujer?

MONTSERRAT.—Muy divertido. Pelayo está que hay que oirle.

ANGELA.—Es muy simpático. *(Mutis segunda izquierda.)*

SOCORRO.—¿También Pelayo? *(Se entra Camino.)*

MONTSERRAT.—Esta casa es el tubo de la risa. Pelayo no para hasta que me tronche.

SOCORRO.—Yo le ayudaré. Pero... ¿está usted abandonando la escuela?

MONTSERRAT.—¡No me la nombre! ¿Qué habrán dicho hoy los chicos?

SOCORRO.—¡Y los grandes! Pero... ¿a usted le parece?...

MONTSERRAT.—Un día pasa pronto... *(Se entra Socorro, furiosa, mira a uno y otro lado, y va, decidida, a la puerta del despacho, que abre. Por ella aparecen* NAPOLEÓN, ARGIMIRO *y* CLEOPATRA.) ¿Qué? ¿Ustedes? *(Asombrada.)*

NAPOLEÓN.—¡Calla!

ARGIMIRO.—¡Silencio!

SOCORRO.—¡Gracias a Dios que vamos a poner las cartas boca arriba!

ARGIMIRO.—¡Shsss!... *(Napoleón le pone la mano en la boca a Socorro, y ésta le muerde.)*

CLEOPATRA.—Ya me está cargando a mí tanto misterio.

SOCORRO.—¡Y que no tengo yo que ajustar cuentas!

NAPOLEÓN.—Pues... ¿y yo? ¡No va a haber calculadora que me siga!

ARGIMIRO.—¡Callen ahora!

SOCORRO.—Perdone usted... Yo le estoy muy agradecida; pero hoy le he pagao todo que le debo. ¿Usted sabe lo que ha pasado aquí?

NAPOLEÓN.—Todo.

ARGIMIRO.—Todo.

SOCORRO.—Tú, te callas, que a ti te voy yo a contar un colmo...

ARGIMIRO.—Bueno, y es preciso seguir igual hasta que se marche el ingeniero. Mucho peor sería que hubiese notado mi falta. Esta no tiene disculpa; pero si supieran todo el engaño, me costaría, no sólo el destino, sino ¡quién sabe!

SOCORRO.—Pues yo no puedo aguantar más.

NAPOLEÓN.—Vea usted lo que estamos pasando, ¡caray!

SOCORRO.—Y lo que vas a pasar, ¡recaray!

CLEOPATRA.—¿Y doña Aurora?

NAPOLEÓN.—Por ahí, en una vía muerta.

SOCORRO.—¡Ojalá!

ARGIMIRO.—Nosotros ahora nos vamos a la fonda, y en cuanto se marchen...

NAPOLEÓN.—Eso sí que no. Yo sigo de jefe, y lo que pase, pase; pero con usted aquí. Usted y yo, ¡siameses!

ARGIMIRO.—¡Pero si el ingeniero no me puede ver!

NAPOLEÓN.—Pues tiene de usted muy buenos informes.

ARGIMIRO.—¿No comprende que va a descubrir quién soy?

SOCORRO.—¡Usted no se mueve de aquí ya nunca!

NAPOLEÓN.—¡Nunca!

SOCORRO.—¡Lo atornillo!

ARGIMIRO.—Pero...

MONTSERRAT.—*(Asomándose.)* ¿Suben, o...? *(Al ver a Argimiro.)* ¡Ah! ¡Por fin!...

ARGIMIRO.—¡Shss!

SOCORRO.—¡Shss!

NAPOLEÓN.—¡Shss!

CLEOPATRA.—¡Ay, qué lechuzas!

MONTSERRAT.—Pero...

NAPOLEÓN.—¡Ni palabra!

ARGIMIRO.—Ustedes no me conocen... Advierta a Pelayo.

MONTSERRAT.—Ahora se lo diré; pero...

ARGIMIRO.—¡Shss!

NAPOLEÓN.—¡Shss!

SOCORRO.—¡Shss! *(Se entra Montserrat al mismo tiempo que asoma Camino.)*

CAMINO.—¿Qué es eso?

NAPOLEÓN.—Nada... Un escape de vapor. *(Bajo, a Argimiro.)* ¡El ingeniero! *(Argimiro se sienta y hace sentar de un tirón a Cleopatra, y meten la cabeza en un plato como si comieran ávidamente.)*

CAMINO.—*(Por Argimiro y Cleopatra.)* ¿Y esa pareja?

NAPOLEÓN.—*(Dando un bote.)* ¿Cuál?

CAMINO.—¿Son viajeros?

NAPOLEÓN.—Ya están de vuelta.

SOCORRO.—¡Calla!

NAPOLEÓN.—¡Callo!

ANGELA.—*(Dentro.)* Vamos, tú.

CAMINO.—*(A ella.)* Voy... *(Angela canta una rumba. Abajo.)* Hasta ahora.

SOCORRO.—Ya vienen.

ARGIMIRO.—Que no da tiempo. *(Inicia el mutis con Cleopatra; pero Napoleón y Socorro cogen uno cada uno por la chaqueta y los detienen. Llegan* ANGELA, MONTSERRAT, PELAYO *y* CAMINO.)

CLEOPATRA.—*(Extrañadísima.)* ¿Eh? ¿Quién es? *(Aparece, cantando, Angela del brazo de Camino.)* ¡Angela! ¡Tú!

ANGELA.—¡Y tú! *(Se abrazan y besan. Estupefacción, sobre todo Camino.)*

CAMINO.—¡Atiza!

SOCORRO.—¡Su madre!

NAPOLEÓN.—¡Su amiga!

CLEOPATRA.—*(Volviéndose a Argimiro.)* ¡Hemos trabajado juntas! ¡Tanto tiempo sin verte!

ANGELA.—Desde que me retiré. Aquí, mi...

CAMINO.—*(Saluda.)* Su marido.

CLEOPATRA.—¡Ah! ¿Este?... Pero... tú tenías siempre muy buen gusto.

ANGELA.—¡Calla! Ya te contaré...; pero *(Confidencial)*, ¿qué haces tú aquí?

CLEOPATRA.—¡Soy amiga del jefe.

ANGELA.—¿Del jefe? ¡Tú también!... Doña Socorro: le voy a contar luego una cosa graciosísima.

SOCORRO.—¿A mí? *(Despectiva.)*

CLEOPATRA.—*(A Argimiro, quitándole el sombrero.)* Que te vean bien lo guapo que eres.

NAPOLEÓN.—*(Bajo, a Cleopatra.)* ¡No lo descubra! *(Le pone el sombrero. Pelayo y doña Montserrat se asoman al balconcillo.)*

ANGELA.—*(A Cleopatra.)* ¿Y cómo me encuentras?

CLEOPATRA.—Más delgada. Como que no te habría conocido si no te oigo canturrear.

ANGELA.—¡Ah, sí! Una canción que a éste le gusta. Por él la canto.

PELAYO.—*(Desde arriba.)* Y por mí la va a cantar.

MONTSERRAT.—Sí, sí.

CAMINO.—¡No, no!

NAPOLEÓN.—*(A Camino.)* ¡Déjela! *(Aparte, a Socorro.)* Entre que se diviertan ellos solos a divertirnos todos...

SOCORRO.—¡Sinvergüenza!

NAPOLEÓN.—¿También tú?

ANGELA.—*(Cantando y bailando muy insinuante, yendo hacia Napoleón.)*

Mi cuerpo en la arena,
mi nena,
qué pena,
qué pena me da.
Por un platanito
te doy un besito,
chiquito,
amiguito (1).

(Todos llevan levemente el compás con los cuerpos.)

que te hace temblá.
¡Ayayayayayayayay!

(1) Si a la actriz le fuese violento tartear o cantar toda la letra, puede iniciarla solamente, y a la palabra "nena" interrumpirla Napoleón.

¡*(Camino corre hacia ella, impidiéndole que siga.)*

NAPOLEÓN.—*(Cantando e imitándola.)*

¡Ayayayayayayay!
Mi cuerpo en la arena,
mi nena...

(Socorro le da un manotazo, haciéndole callar.)

SOCORRO.—¡Quita! ¡La que va a cantar voy a ser yo! *(Sorpresa en Napoleón, Montserrat y Argimiro.)*

CAMINO.—¡Muy bien!

ANGELA.—¡A ver, a ver! *(A la vez.)*

CLEOPATRA.—¡Olé!

PELAYO.—¡Música, maestro! *(Se presenta* ALBINO, *rapidísimo, por el foro.)*

ALBINO.—¡Señor ingeniero, señor ingeniero! ¡Una esgracia!

CAMINO.—¿Eh?

NAPOLEÓN.—¿Qué?

ALBINO.—Acaba de venir un propio de Arcolea, que se ha hundido er puente.

SOCORRO.—¡Y se va a hundir el mundo!

CAMINO.—¡Silencio! *(A Albino.)* ¿Cómo ha sido?

ALBINO.—Que ha parmao.

CAMINO.—¿Y qué más?

ALBINO.—Que el tren se ha ido al río.

NAPOLEÓN.—Ha hecho bien.

ANGELA.—¡Qué horror! *(Muy rápido.)*

CLEOPATRA.—¡Qué horror! *(Idem.)*

MONTSERRAT.—¡Catastrófico! *(Idem.)*

CAMINO.—*(A Napoleón.)* Vaya al telégrafo. *(Argimiro vase al despacho. A Angela.)* Arregla el maletín. *(A Albino.)* Traiga usted un auto. Busquen un médico. *(Vase Albino. A Napoleón.)* ¿No va usted al telégrafo?

NAPOLEÓN.—En el auto llega usted antes que el telegrama.

PELAYO.—Y a pie.

CAMINO.—Telegrafíe, y a preparar en seguida el tren de socorro.

NAPOLEÓN.—*(A Socorro.)* Ya lo oyes; prepara el tren. *(Vase al despacho.)*

CAMINO.—¿Aquí habrá para casos de urgencia?

PELAYO.—Aquí hay de too, cómo en botica. *(Una pausa, en la que Camino pasea inquieto. Vuelve Napoleón con cin-*

ta de telégrafo larguísima, como una serpentina, presentándosela a Camino.)

CAMINO.—¿Qué trae usted aquí?

NAPOLEÓN.—Pues todavía está largando más... Allí está don Argimiro recogiendo. *(Bajan* ANGELA *y* CLEOPATRA *con el maletín.)*

CAMINO.—*(A ellas.)* ¿Estamos?

SOCORRO.—*(Cerca de Pelayo.)* ¡Gracias a Dios!

MONTSERRAT.—*(A Angela.)* Pero usted no debe ir.

PELAYO.—Claro, usted no se irá.

CAMINO.—Sí, sí, vamos los dos, y ya seguimos el viaje. *(Vuelve* ALBINO *por el foro.)*

ALBINO.—El auto.

CAMINO.—Bueno, muchas gracias a todos... *(A Napoleón.)* Y ya tendrá usted noticias mías.

NAPOLEÓN.—Pero por carta. Telegramitas, no. *(A Pelayo, mientras los otros se despiden.)* Y ahora hablaremos...

SOCORRO.—En cuanto se vayan...

PELAYO.—Antes que se vayan. *(Alto y adelantándose con cierta solemnidad.)* Oiga, señor ingeniero.

NAPOLEÓN.—Ahora no puede perder tiempo.

CAMINO.—No puedo, no. Abrevie.

PELAYO.—Pues las cosas claras y el chocolate a la española.

ALBINO.—*(Aparte.)* (Y con mojicones.)

PELAYO.—Ha de saber usted que a esta estación llegó un sinvergüenza esmayao y estafaor.

CAMINO.—*(Molesto.)* ¿Eh?

PELAYO.—Pos llegó.

NAPOLEÓN.—*(A Camino.)* ¡Cómo le está poniendo! Más vale que se vaya.

PELAYO.—Que engatusó a una mujer...

CAMINO.—*(Molesto.)* Caballero...

PELAYO.—Se casó con ella...

CAMINO.—*(Extrañado.)* ¿Eh?

PELAYO.—Y en el inter de la boda llegó el ingeniero de la Compañía. No estaba el jefe, y er sinvergüensa se hiso pasar por él, ocupó su puesto en la estación, se encasquetó la gorra, dislocó la báscula, tocó el tambor en el telégrafo, tocó la campana como si llamara a la novena, luego er pito como si fuera el sereno, y a estas horas la línea ya no es línea, es un borrón, ¡un borrón pa toa la compañía!

(Todos, especialmente Socorro y Napoleón, que están aterrados, escuchan estupefactos.)

CAMINO.—*(Indignadísimo.)* ¿Pero qué dice este hombre? ¿Es posible todo eso? ¿Puedo comprender tan desfatachado barullo de cosas sin entregar ahora mismo a todos a la justicia?

NAPOLEÓN.—*(Bajo a Socorro.)* ¡A que inauguramos la cárcel del Indiano!

PELAYO.—*(A Camino.)* ¡Más fijo es que esa luz que nos alumbra! Y ahora, si es osté, como parese, un ingeniero con toa la barba, no pare hasta que a este hombre le empapelen.

SOCORRO.—*(A Napoleón.)* ¿Qué van a hacer de ti?

NAPOLEÓN.—Un gabinete.

SOCORRO.—*(A Pelayo.)* ¡¡Nunca!!

CAMINO.—¡Ahora mismo! ¡A ver!... *(Momento de angustia en Socorro y Napoleón. Al fin éste se rehace y avanza resuelto.)*

NAPOLEÓN.—Todo cuanto ha dicho...

PELAYO.—¿Qué?

NAPOLEÓN.—Es verdad.

PELAYO y ALBINO.—¿Lo ven? ¿Lo ven?

CAMINO.—¡Silencio!

NAPOLEÓN.—Don Argimiro, el jefe, me dejó su puesto, porque de estar él aquí hoy le hubieran obligado, arrastrado, a la huelga.

CAMINO.—¿Qué huelga?

NAPOLEÓN.—¡Una huelga ferroviaria gravísima! Lea y entérese. *(Le da el manifiesto que lleva en el bolsillo.)* Don Argimiro, siempre amante a las buenas compañías, se puso de acuerdo conmigo, y se ocultó para que si venían por el jefe me llevaran a mí y volver él para que no se interrumpieran los servicios. ¡Ay, a mí no me llevaron! Me dieron las órdenes creyéndome jefe, ¡ay que risa!, y todo aquí seguirá funcionando regularmente... si yo no me ocupo más de ello...

CAMINO.—*(Lee y queda estupefacto.)* ¿Eh? ¡Hay que cortar esto inmediatamente! *(Reponiéndose.)* ¡Pero... de todos modos ustedes me han hecho una comedia! ¡Y esto!...

NAPOLEÓN.—Pues gracias a eso fracasa el movimiento.

CAMINO.—¡De todo habrá que instruir severo expediente!

PELAYO.—¡Eso, eso!

ANGELA.—*(Interponiéndose.)* No. *(Camino mira simplemente a Angela.)* Ha habido en todos una buena intención.

Además, por mí, nos hemos detenido, y no quiero dejar un mal recuerdo... Por mí... *(Abraza a Camino. Entra* AURORA, *que al ver a Angela queda felizmente sorprendida.)*

AURORA.—¡Ay, la señorita Vermut!

ANGELA.—*(Abrazando a Aurora.)* ¡Doña Aurora!

MONTSERRAT.—¿Pero ustedes se conecen?

AURORA.—He sido madre suya dos veces. *(Aparecen por el foro* LARGO *y* VARGAS, *seguidos de obreras y obreros. Al ver a los que están en escena van a huir, pero Napoleón les contiene.)*

NAPOLEÓN.—¡No, no! ¡Pasen ustedes!

LARGO.—Buenas noches. *(Saludan con la cabeza, pero siguen inquietos, deseando escapar.)*

NAPOLEÓN.—*(Atajándoles.)* La familia bien. ¿Qué pasa?

LARGO.—No ha cumplido usted las instruciones del manifiesto.

NAPOLEÓN.—Yo no leo más que al ir a dormirme. ¡Y hoy!... ¡Vamos, hombre!

VARGAS.—No telegrafió usted, como se le ordenaba.

NAPOLEÓN.—¿Yo? Se ha inutilizado el aparato. Pasó el mixto y ¡pim, pam!, derribó todos los postes de la vía.

LARGO.—¿El mixto?

NAPOLEÓN.—En castigo lo acabo de encerrar.

VARGAS.—¿Y no hay corriente?

NAPOLEÓN.—No. Y yo contra la corriente no quiero nada.

VARGAS.—Pues fracasó la huelga.

LARGO.—Vuelva usted al trabajo.

NAPOLEÓN.—¡Yo soy una persona seria! He dicho que no trabajo y no trabajo.

CAMINO.—*(A Napoleón.)* ¿Quiénes son estos señores?

NAPOLEÓN.—¡Anda! *(A Largo y Vargas.)* Este señor es el ingeniero. *(Al señor Camino, mientras Largo y Vargas huyen por el foro sin que les vea Napoleón.)* Pues aquí estos señores... *(Mirando alrededor.)* ¿Pero dónde están? ¡Qué pesadilla tengo hoy! Son los organizadores de la huelga que yo he impedido.

OBRERA 1.ª—*(Dentro.)* ¡Abajo la huelga!

VARIAS.—¡Abajo! ¡Abajo!

OBRERA 2.ª—¡Abajo! ¡Abajo! ¡No la queremos! *(Se oyen dentro las voces de las obreras.)*

OBRERA 3.ª—¡Que trabajen los hombres!

NAPOLEÓN.—¡Eso, que trabajen los hombres!

PELAYO.—*(A Napoleón.)* Si toos hubieran de ganarse er pan con el sudó de su frente, ¿qué ibas tú a haser?

NAPOLEÓN.—Vender pañuelos.

CAMINO.—*(En el foro a los obreros.)* Vayan tranquilos, que no habrá huelga. Este señor ha hecho fracasar el movimiento. *(Napoleón saluda orgulloso.)*

OBREROS.—¡Viva! ¡Viva! *(Continúan los vivas y rumores y aparecen las obreras* 1.ª, 2.ª y 3.ª)

ARGIMIRO.—*(Entrando rápido.)* ¡No se ha hundido nada! La noticia de haberse derrumbado el puente era el santo y seña de unos huelguistas.

OBRERA 1.ª—¡Vamos a decirlo a todos!

TODAS.—¡Vamos!

OBRERA 1.ª—*(A Napoleón.)* ¡Y usted con nosotras!

SOCORRO.—¡No, que es mi marido!

OBRERA 2.ª—Hoy es nuestro.

OBRERA 1.ª—¡Ya lo ha disfrutao usté bastante!

SOCORRO.—¿Qué dice esta loca? ¡Fuera de aquí! *(Se van y se alejan los rumores hasta cesar del todo.)*

CAMINO.—*(A Napoleón.)* Castigo merecían ustedes por la burla; pero su conducta ante la huelga es acreedora a una especial recompensa. Pídame lo que se le ocurra y gustoso lo comunicaré a Madrid.

NAPOLEÓN.—*(Por Socorro.)* Que nos dejen, que se vayan; que se vayan todos y nos dejen.

PELAYO.—Tenemos un desafío a las diez.

NAPOLEÓN.—*(A Camino.)* Pues pídanos usted corriendo dos billetes.

CAMINO.—*(A Pelayo.)* ¡Haya paz! El indulto debe ser general, y yo no me iría tranquilo si antes no se dieran las manos. Pelayo... *(Le indica que dé la mano a Napoleón.)* ¿Se perdonan?

PELAYO.—*(Decidiéndose al fin.)* Sí. *(Se dan las manos.)*

CAMINO.—*(A Socorro y Napoleón.)* Pediré los billetes.

SOCORRO.—¿Por qué irnos?

NAPOLEÓN.—Viaje de novios.

CAMINO.—¿Dónde quieren ir?

SOCORRO.—¿Dónde quieres tú? *(Muy melosa.)*

NAPOLEÓN.—*(Mirando enamorado a Socorro, mientras ésta baja la vista, ruborosa.)* ¡Donde haya más túneles! *(Se abrazan. Todos ríen, menos Pelayo, que se ha sentado pensativo.)*

TELON

GUTIÉRREZ

SEMANARIO ESPAÑOL
:-: DE HUMORISMO :-:

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos.

Xaudaró.—Tovar.—Penagos.—Ribas.—Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato.—Roberto.—Barbero.—López Rubio.—Tono. Etcétera.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.—Concursos raros.—Secciones extrañas.—¡Contra la neurastenia!—¡Contra la hipocondría!—Humorismo sano.—Buen gusto.

COMPRE USTED TODOS LOS SABADOS

GUTIÉRREZ

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

Lea usted

m a c a c o

el periódico de los niños

Contiene historietas, chistes, cuentos, muñecos recortables, dibujos para iluminar, pliegos de soldados, etc., y otras muchas secciones, que son el encanto de los niños. No dejéis de comprarlo, pues además, obtendréis grandes regalos.

APARECE LOS DOMINGOS 30 céntimos

LA FARSA

Publicación semanal de obras de teatro.

DIRECTOR:

VALENTÍN DE PEDRO

Administración: Rivadeneyra (S. A.)

SECCIÓN DE PUBLICACIONES

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

Precio del ejemplar: **50** céntimos.

COLECCIONE USTED

LA FARSA

Y ADEMÁS DE LAS OBRAS MÁS INTERESANTES Y DE MÁS ÉXITO, TENDRÁ USTED, EN NUESTRAS CUBIERTAS, UNA MAGNÍFICA SERIE DE PERSONAJES CÉLEBRES DEL TEATRO ESPAÑOL

Cubierta de este número:

DON HILARION,

de La Verbena de la Paloma,

de D. RICARDO DE LA VEGA

Rivadeneyra (S. A.).—Madrid.